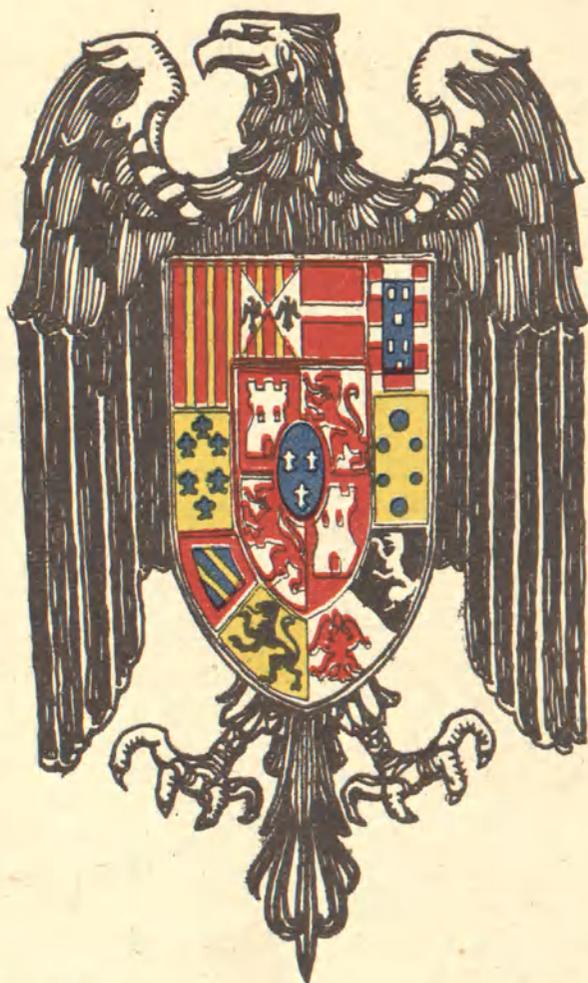


VOLUNTAD



· NUMERO · XX ·

MADRID · 1.º DE SEPTIEMBRE · DE · 1920

· DIRECCION ·
COLMELA Nº 8

PRECIO E ANO
DOS PESETAS

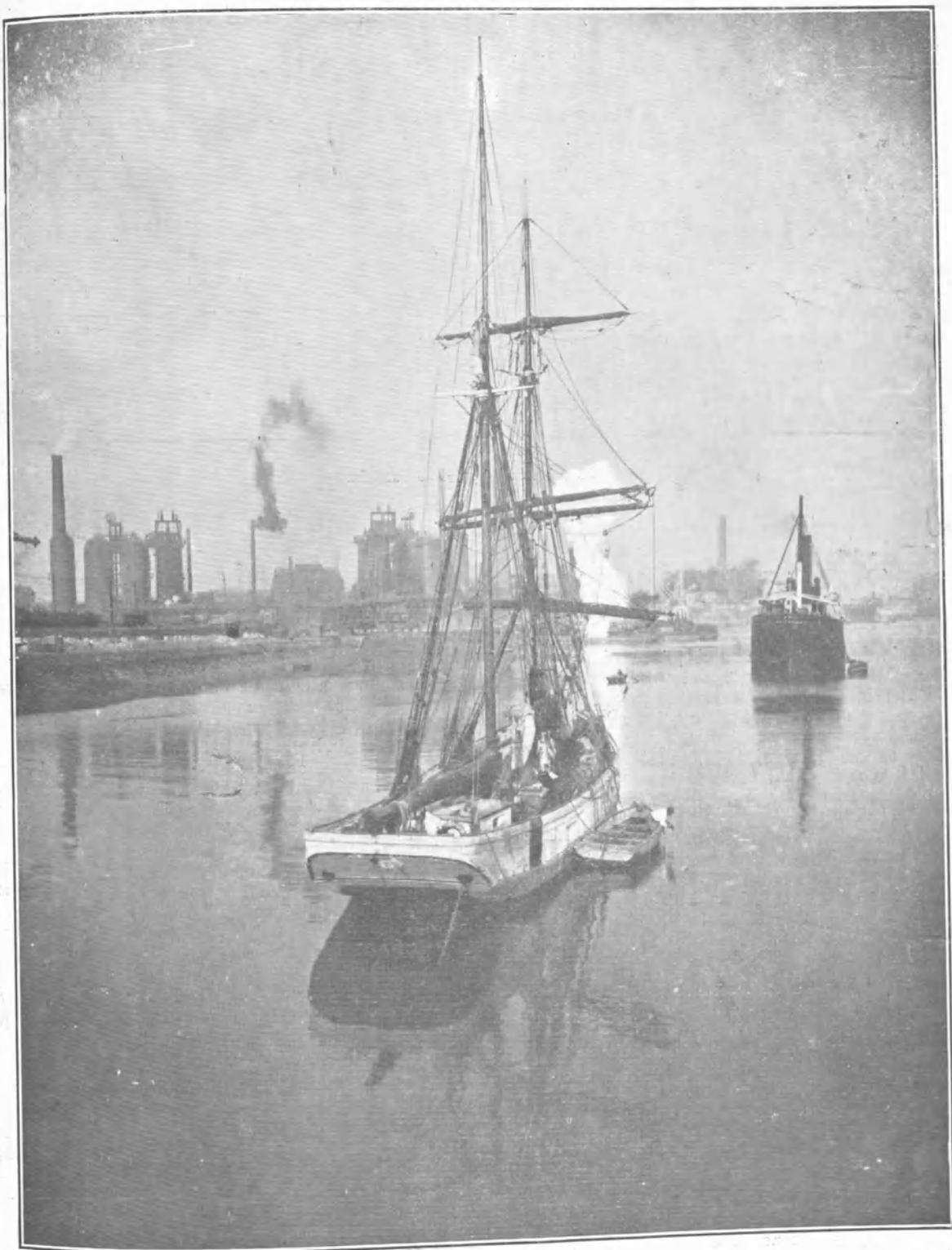


SUMARIO

- Actualidad mundial.**
Guía espiritual de Bilbao. Crónica, por *José Iribarne*. Ilustrada con dos fotografías.
En la ría del Nervión. Fotografía artística, por *Lux*.
Bilbao monumental y pintoresco. Información ilustrada con numerosas fotografías.
Actualidades: Una fiesta en El Escorial. La vida en el extranjero. Interesantes fotografías de actualidad.
El pescador de truchas. Poesía humorística, por *D. Enrique Menéndez Pelayo*. Ilustrada por *Pedraza*.
Pintores vascongados. Crónica, por *XX*.
Portada: Jardín en Algorta. Tricomía. Cuadro de *Darío de Regoyos*.
Lo Político y lo Social. Por el *R. P. Albino G. Menéndez-Reigada*.
Doña Rosa Chaves de Sotomayor. Poesía, por *Fernando de la Quadra Salcedo*, con un dibujo de *Moya del Pino*.
Heráldica de Bilbao. Información, por *Luis López Santisteban de Lezo*. Ilustrada con varios interesantes dibujos.
El caserío vizcaíno. Impresión literaria, ilustrada con dos dibujos arquitectónicos.
Maitetxu pollta. Composición musical, original del *Maestro Guridi*.
Doña Rafaela Ibarra de Villalonga. Extensa información, ilustrada con artísticas fotografías, por el *R. P. Camilo M.^a Abad, S. J.*
La Emperatriz Eugenia en Arteaga. Crónica, por *Sabino de Oyala*. Ilustrada con dos fotografías.
El pintor franciscano Darío de Regoyos. Por *Juan de la Encina*. Información artística ilustrada con varias tricomías y numerosos apuntes y dibujos del malogrado pintor.
Palacio Valdés: Una evocación y un homenaje. Crónica, por *D. José Ortega Munilla*.
Leyendas españolas: Don Nuño Sancho de Fínojosa. Por *Joaquín González Castejón*. Ilustraciones de *Moya del Pino*.
El corazón de Santa Teresa. Crónica.
Los Chaluqueros de antaño. Cuento vizcaíno, por *Emiliano de Arriaga*. Ilustrado por *M. del P.*
La caballería andante. Por *D. José M.^a Sanz y Aldaz*. Ilustraciones de *Loygorri*.
El Sanatorio de Gorliz. Información, por *Concepción Smith de Rochelt*. Ilustrada con numerosas fotografías.
Trueba y Vasconia. Por *Juan Arzadun*.
La industria y las Fábricas en Bilbao. Información ilustrada con varias fotografías.
La beneficencia en Bilbao. Por *Justa Castellón y Mac-Mahón*.
La boina. Poesía, por *Francisco Iturrizarria*.
El homenaje a D. José Ortega Munilla.
Página humorística. Por *A. Vivanco*.
El ama de casa. Consejos de verano.
Correo de VOLUNTAD.
Coelna vizcaína.
La Novela de un Novelista: Por *Armando Palacio Valdés*. Ilustraciones de *Juan José*.

AÑO II **VOLVNTAD** NÚM. 20

MADRID, 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1920



En la ría del Nervión

(Fot. Lux)



Escudo en un caserío de Guernica

☞ Bilbao, monumental y pintoresco ☞

Bilbao es, sin duda, una de las poblaciones de España que más rápidamente progresan en todos los órdenes de la vida. No es nuestro propósito hacer un estudio comparativo de los grandes progresos de Bilbao, ni una crónica minuciosa de sus interesantes manifestaciones artísticas y pintorescas. Nuestro propósito es más sencillo, dada la índole periodística de esta breve información que dedicamos a aquellos de nuestros lectores que desconozcan los principales atractivos de la hermosa capital de Vizcaya.

En la ribera derecha del Nervión o Ría de Bilbao y en la vertiente de la montaña, está enclavada la parte antigua de la villa. El ensanche se ha hecho en la ribera izquierda del río, donde se han trazado vías amplias y rectas llenas de elegantes edificios. En la parte del ensanche más inmediata al río se ha concentrado gran parte de la vida de la población.

A la belleza natural de Bilbao contribuye la Ría, llena constantemente de buques de todas las naciones y con amplios muelles repletos de mercancías. La mayoría de las calles son rectas y llanas. Las principales son las de la Viuda de Epalza (antes Estufa), Arenal, Correo y Santa María, en las cuales abundan las grandes edificaciones de piedra sillar, de elegantes fachadas y arquitectura uniforme. Las calles del ensanche o parte nueva de Bilbao, ofrecen suntuoso aspecto. La *Gran Vía de López de Haro* es la principal de ellas. Su parte más edificada se extiende entre las Plazas *Circular* y *Elíptica*. Entre estas calles modernas se destacan las de Hurtado de Amézaga, Ibáñez de Bilbao, Colón de Larreátegui y Ledesma, todas ellas muy amplias y perfectamente alineadas. La calle de *Ercilla* es también otra vía importantísima. Las alamedas de *Urquijo* y *Mazanedo* son populosas avenidas que, con su línea semicircular, cortan las otras calles rectilíneas.

Entre los jardines y los paseos el *Paseo del Arenal* figura en primer término. Su situación en la proximidad del fondeadero y en las inmediaciones del teatro, hacen que se vea constantemente concurrido. El *Paseo del Arenal*, era antiguamente un campo de arena cubierto por las aguas de la pleamar

que llegaban entonces hasta la villa. En uno de los lados del Paseo se levanta elegante caserío. El otro lado corresponde a la Ría y a sus extensos muelles. Tiene tres alamedas de tilos y acacias y en el centro del paseo se alza un artístico quiosco.

Saliendo del *Arenal* y atravesando la calle de la *Sendeja*, comienza otro paseo llamado *Campo de Volantín*. Es mayor que el *Arenal* y también está situado en la margen derecha de la Ría, con vistas encantadoras. En su principio ostenta una serie de elegantes hoteles formando una de las mejores vías de Bilbao. Este paseo está formado por grandes alamedas de álamos, robles, fresnos, arces, acacias y tilos. A continuación de estas alamedas hay lindos jardines a la inglesa y extensos y encantadores parterres. La longitud de este paseo es de dos kilómetros. Además existe el *Paseo de los Casios*, llamado así porque está formado por el acueducto construido para conducción de las aguas del Nervión que abastecen a la villa. La arboleda de *Miraflores*, sitio abrigado en invierno y fresco en verano, es otro de los paseos de Bilbao. Existen, además, otros, como el camino de *Plencia* y otro más bello todavía por las márgenes del río hasta la playa, frente a *Portugalete*.

Entre las plazas del casco antiguo hay dos importantes: la del Mercado o *Vieja* y la de *Fernando VII* o *Nueva*. La *Plaza Vieja* es de forma trapezoidal. En uno de sus lados está la Iglesia de San Antón y el Mercado. En otro lado presenta una línea de edificios con soportales. Su área es bastante grande y ofrece un interesante aspecto. En esta plaza se desarrollaron algunos sucesos notables de la historia de Bilbao.

La *Plaza Nueva* forma un rectángulo de 66 metros de largo por 54 de ancho y tiene 64 arcos con columnas dóricas. En el lado meridional existe el antiguo palacio de la Diputación provincial, cuya arquitectura no se distingue mucho de la del resto de la plaza. Las demás plazas de la parte antigua carecen de interés.

En el ensanche son dignas de anotarse las siguientes: *Plaza Circular*, que es el punto más céntrico y animado de la villa. Está situada cerca de la Estación del Norte. En el centro de

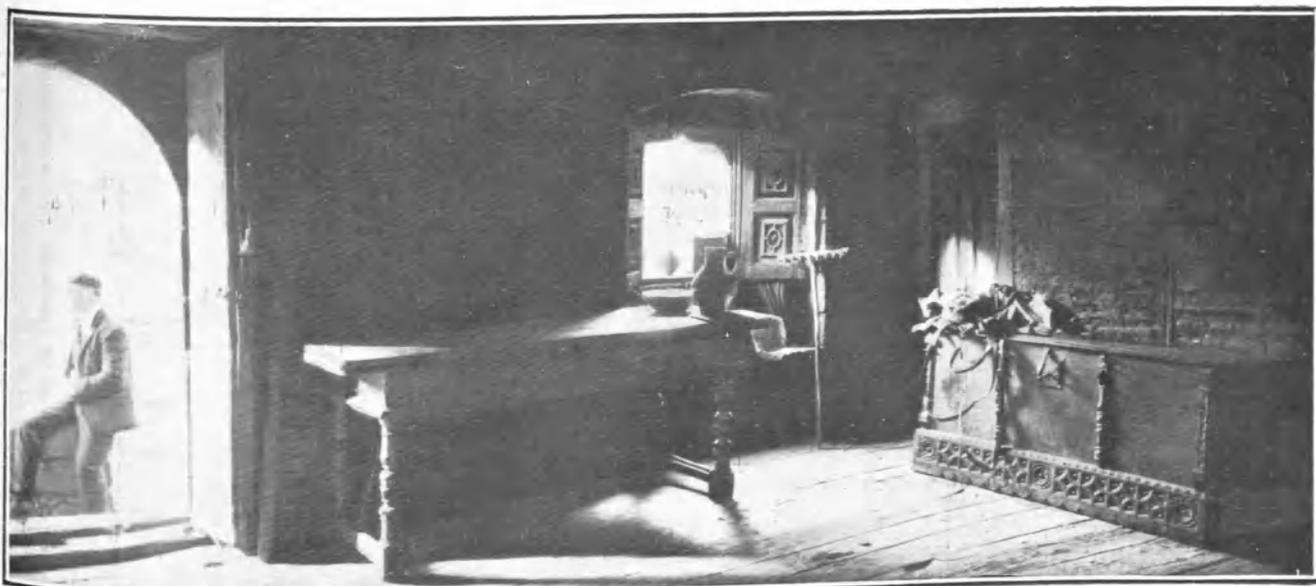


Casero de Durango

esta plaza se eleva el monumento a López de Haro, el fundador de Bilbao. *Plaza Elíptica o de López de Haro*. Esta plaza tiene figura de elipse y está formada por la intersección de varias calles del ensanche. La adornan varios jardines y en el

centro está el monumento a la caritativa señora doña Casilda Iturrizar. Son también dignas de mención, aunque no tan importantes, las plazas de Arriquibar y Trueba.

Atravesando el Nervión o la Ría de Bilbao hay cinco puen-



Interior de un caserío



Escudo de Bilbao, trasladado del camino de Buja al nuevo parque de Bilbao

tes que ponen en comunicación las dos partes de la villa. El *Puente de San Antón o de Achuri* está situado en el barrio de este último nombre. Consta de dos arcadas. Comenzó a construirse en 1871, pero a consecuencia de la guerra civil se paralizaron las obras y no se terminó hasta 1878. Es de gran tránsito por su proximidad al Mercado y barrios muy populosos. Los demás son el de *San Francisco*, el de la *Merced*, el del *Arenal o Isabel II* y el *Giratorio o de San Agustín*. Este se halla situado frente al palacio municipal. Consta de dos grandes tramos metálicos que giran por medio de motores hidráulicos instalados en ambos extremos del puente que se alza y cierra con gran facilidad permitiendo así el paso de embarcaciones cuando es necesario. Este puente es de propiedad particular y los transeúntes pagan un pasaje de cinco céntimos por persona.

Los alrededores de Bilbao son magníficos. Begoña merece mención especial. Está situada sobre una montaña en la que existe un Santuario a la Virgen. Begoña es lugar de peregrinación y desde allí se contempla el hermoso panorama de la villa. La iglesia de Begoña data del siglo XVI y tiene un campanario construido en 1900.

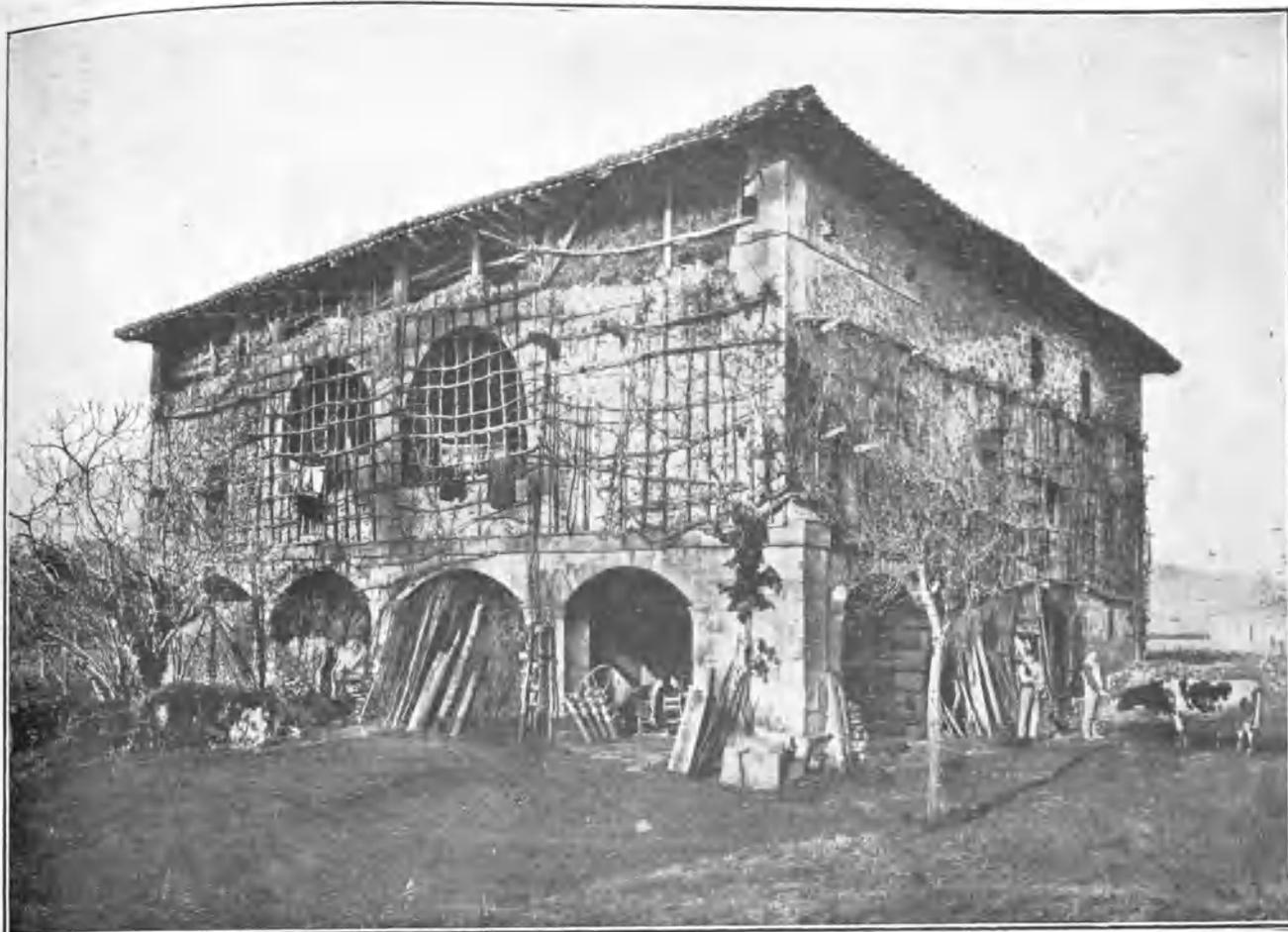
La playa de las Arenas es un hermoso centro de veraneo, situado en la ribera derecha de la desembocadura del Nervión. En esta playa existe un gran establecimiento de baños, fundado en 1869, edificio en el cual no falta ninguno de los modernos adelantos en esta clase de construcciones. Junto a la playa se ha levantado una pintoresca barriada dotada de dos escuelas sostenidas por el Municipio. Tiene también una

iglesia anexa a la Parroquia de San Nicolás. Además pueden considerarse alrededores de Bilbao los pueblos que formando Municipios aparte se hallan diseminados en las cercanías de la capital en un radio de catorce kilómetros y que, de hecho, forman una sola población. Estos pueblos son Baracaldo, Sestao, Zorroza, El Desierto, Luchana, Goldames, Deusto, Santurce, Algorta y Portugalete, algunos de ellos de gran vida industrial y mercantil.

Uno de los edificios religiosos más importantes de Bilbao es la Iglesia de Santiago, que ocupa una extensión de cincuenta y dos metros de largo por veintiséis de ancho. En diversos documentos de la época de la fundación de Bilbao se hace mención de la *Colegiata de Santiago* como ya existente. Y, en efecto: la planta de los pilares del templo es la característica del siglo XIII. Se amplió la Iglesia en 1379. Un incendio destruyó sus naves laterales en 1571; y en 1650 se reconstruyó la fachada que ostentó hasta hace poco. El estilo general del templo es el gótico llamado purista con las evidentes influencias francesas que



La Puerta del Angel, Bilbao



Caserío Trañajauregui Abadino

se observan en todas las Iglesias vascongadas de esa época. Sin embargo, en este interesante monumento parece marcarse la tendencia de la escuela de Toledo. Consta de una nave alta y dos bajas con girola y crucero. Este ofrece la particularidad de estar en medio de la longitud del templo. El claustro es del siglo xv, también de estilo purista y de ornamentación más florida que la del templo, como conviene a la época de su construcción. La puerta llamada del Angel que da a la calle del Correo es de estilo más decadente, pero bella y de fino trabajo. La fachada principal y la torre son modernas y obra del arquitecto Sr. Achúcarro. El retablo es moderno también. Antiguamente hubo uno bueno debido al escultor Guiot de Beogrant. En el tesoro de la iglesia puede verse una magnífica custodia adornada con más de dos mil piedras preciosas. Los demás templos importantes son los de San Antonio Abad, los Santos Juanes, San Vicente mártir; San Nicolás de Bari, San Francisco de Asís y otros muchos pertenecientes a las



Escudo en Elorrio

(Fots. Lux)

diversas comunidades religiosas de Bilbao.

Entre los edificios más notables de la capital de Vizcaya pueden citarse el palacio de la Diputación Provincial situado en la Gran Vía, el palacio del Ayuntamiento, el Cuartel de San Francisco y otros edificios militares, el Teatro Arriaga, el de los Campos Eliseos, el Olimpia, el Circo del Ensanche, el Frontón Euskalduna, el Club-Náutico, el casino titulado *El Sitio*, la Sociedad Bilbaina y otros.

Los principales monumentos que adornan las calles de Bilbao son el del fundador Don Diego López de Haro, el del insigne poeta Antonio Trueba, los dos originales de Benlliure, y el de la viuda de Epalza modelado por Querol. En Portugaete se alza el monumento a Chávarri que es, como se sabe, una de las obras más notables del genial escultor Blay.

Tal es, a grandes pinceladas, el aspecto monumental y pintoresco de Bilbao, pueblo esencialmente culto y laborioso que ha sabido conquistarse dentro y fuera de España la franca admiración de todo el mundo.



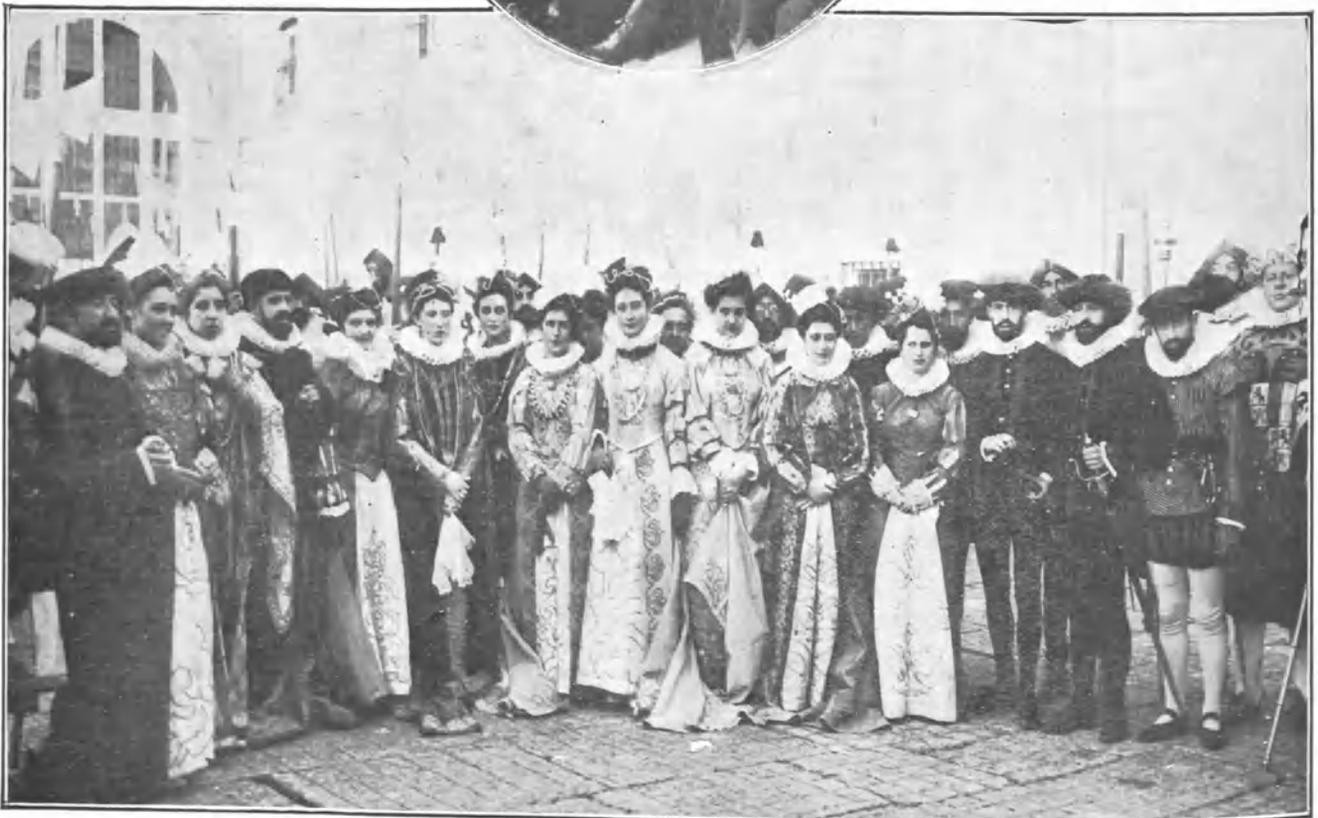
Fiesta en

Recientemente tuvo efecto en El Escorial una fiesta brillantísima, cuyo recuerdo no se borrará fácilmente de la memoria de quienes tuvieron la fortuna de presenciárla. Dicha fiesta consistió en la representación del auto sacramental *An-*



El Escorial

taño o un Corpus Viejo en Madrid, original de D. Víctor Espinós, ilustre poeta y colaborador de nuestra Revista. Nuestros lectores conocen ya el notabilísimo trabajo del señor Espinós, por haber sido publicado no hace mucho en las páginas de



Dos escenas de la obra.—En el círculo: Los Marqueses de Comillas, que asistieron a las fiestas de El Escorial



La Infanta Doña Isabel, presenciando la representación de la obra del Sr. Espinós

VOLUNTAD. La fiesta, como decimos, resultó espléndida y magnífica.

A la hora señalada para la fiesta, entró en el admirable Patio de Reyes S. A. la Infanta doña Isabel, acompañada de la señorita Beltrán de Lis, y que momentos antes había sido recibida en la puerta de Palacio por el intendente de la Real Casa, señor conde de Aybar; el alcalde, don Victoriano Arribas; el prior del Monasterio; el administrador de aquel Real Patrimonio señor Sorillo; el párroco de El Escorial, señor don Cipriano Nievas; el general Marina; el coronel de los Colegios de Carabineros y las Comisiones e festejos y del Ayuntamiento.

Al entrar la augusta dama en el Patio de los Reyes, en el que se habían colocado cerca de 5.000 localidades, que habían sido ocupadas todas —y aún había intimidad de espectadores llenando, de pie, los huecos que pudieron quedar—, una estruendosa ovación e infinidad de vitores sonaron para la Infanta, a la que tanto estima el pueblo y la colonia, estimación que ella tiene a bien corresponder asistiendo a todas estas fiestas de fama y de resonancia.

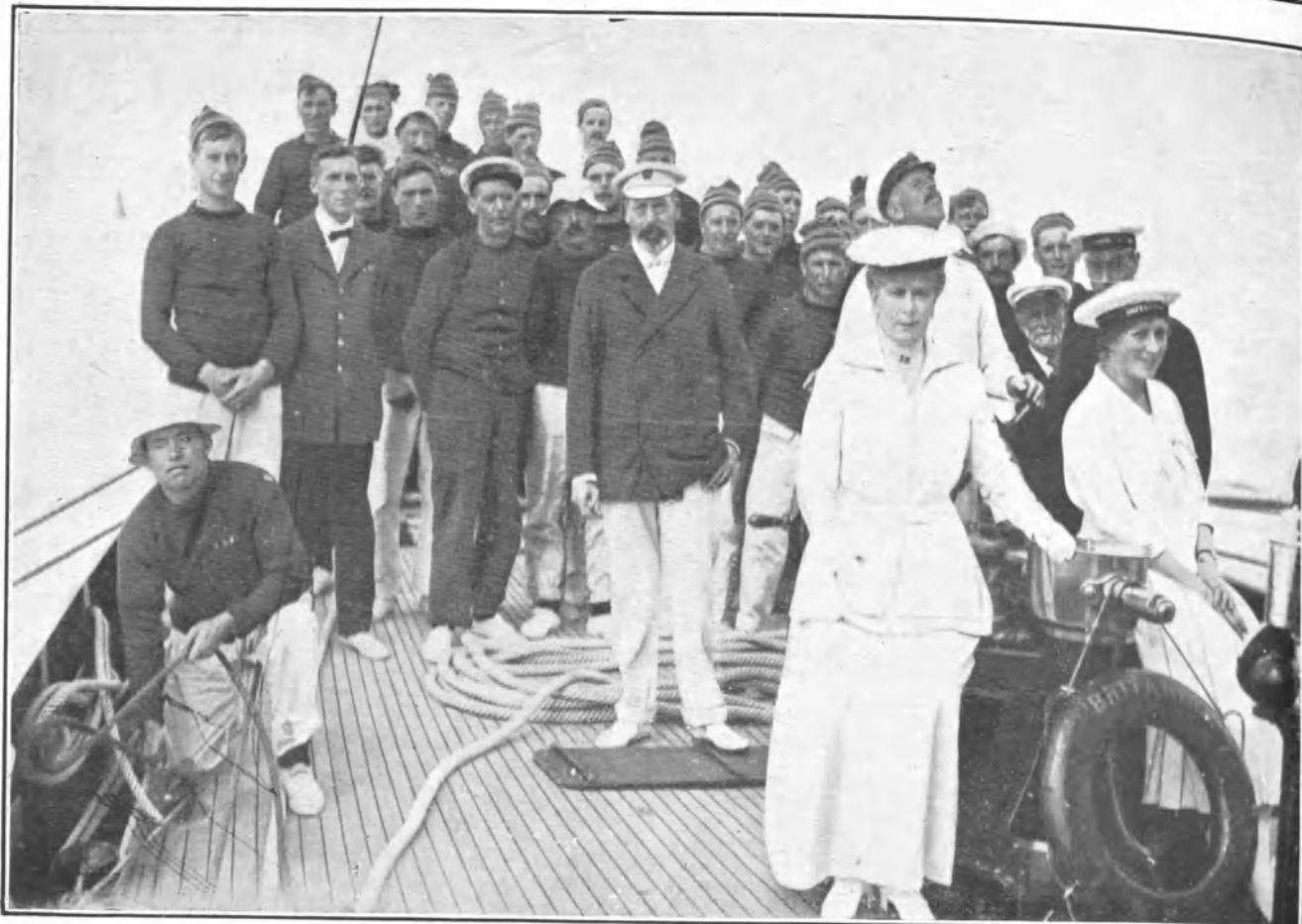
La interpretación de la obra fué realmente magnífica, siendo objeto los intérpretes de grandes y merecidos aplausos.

Entre los concurrentes a la fiesta recordamos a los señores condes de Aybar, marqueses de Comillas, Ugena y Fuensanta de Palma; condesa de Torre Palma; vizcondesa de Montserrat; señores de Cañal; generales Otero, Marina y Valarino; señores de Suárez Somonte, Sacristán, Amado, el embajador de la Argentina, señor Sevillier; Gallinal, Fe, Arri-

bas, Espinós, Valero Martín, Gardoqui, Sandoval, Cobos, González Álvarez, Marin, Montalbán, Lorenzale, Sloker, Nogales, Heigceta, Castro, Muro, Poggio Wangüemart, Ciudad Auriolés, Bilbao, Prast, Castillo, Luna, Mateos, Lauffer, Miñana, Borrell, Gandero, Feito, Barajas, Pellicer, M. Pardo, Cubillas, Infante, H. Briz, Leyva, Mitjans, Pinazo, Santías, Basset, Polo de Bernabé e infinidad de personas más.

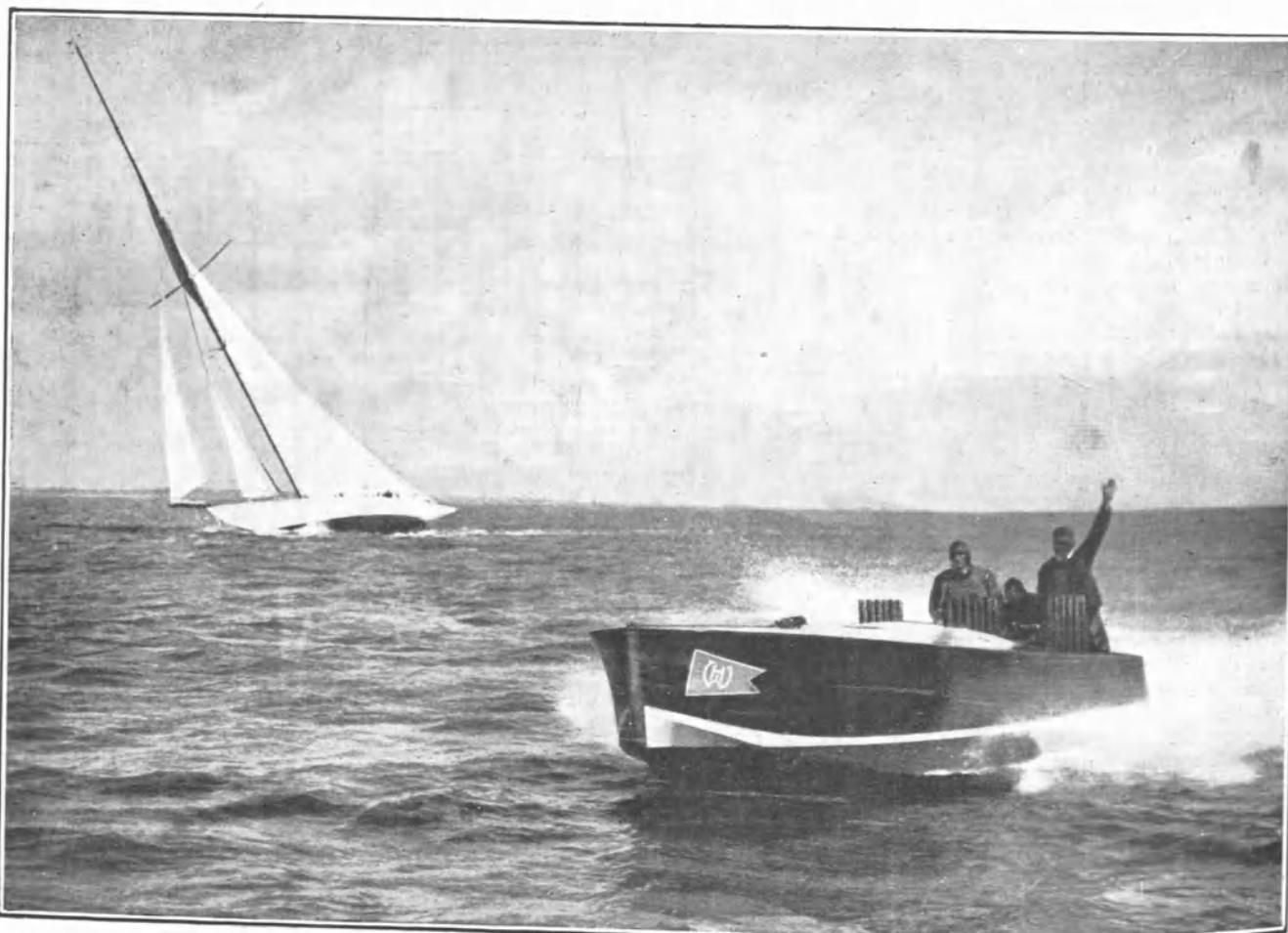


Distinguidas señoritas que tomaron parte en la representación de la obra (Fots. Vidal)



La familia Real inglesa, a bordo del «Britanni», presenciando las regatas

LA VIDA EN EL EXTRANJERO



El automotor «Miss America», de Mr. Garfield A. Wood, que hizo la velocidad de 86 millas por hora, contra 45 de un barco inglés



Sección de uno de los batallones de mujeres polacas de defensa contra la invasión bolcheviki



El príncipe de Gales después del accidente ferroviario del que salió milagrosamente ileso

(Fots. Central News)



CUENTOS SABIDOS PUESTOS AHORA EN RIMA Y SACADA LA MORALEJA

EL PESCADOR DE TRUCHAS



CUENTAN DE UN COMERCIANTE RETIRADO

y a la paz de su hogar restituído,
que, luego que esta paz hubo logrado,
se encontró el infeliz tan aburrido
que por matar su tedio
íbase *pian pianito* cada día
a la orilla del río, que por medio
en dos barrios el pueblo dividía.

A la vera del agua se sentaba,
como hombre de buen seso
que viéndola correr se solazaba,
y cogiendo la piedra de más peso
que en derredor hallaba,
alzábala en sus manos arrogante

y así, con ella en alto, se pasaba
horas y horas el viejo negociante.

Con pasmo, y aun con algo de pavor,
miraban los curiosos aldeanos
de aquel hombre la extraña catadura,
siempre en la misma incómoda postura
y con aquella carga entre las manos.

Hasta que un indiscreto
—que por tal se le tuvo, aunque expresara
el deseo que a todos acuciara—
trató de penetrar en el secreto
de conducta tan rara.

Y preguntado el hombre de la piedra
a quien jamás arredra
el frío ni el calor, qué diablo hacía
sentado en aquel sitio eternamente
y armado de tal modo todo el día,
sin tomar algún ocio ni reparo,
dijo, sencillamente:

—Pues, hombre, pescar truchas: está claro.

Rieron unos, otros se asombraron
ante palabras tales
y todos, en oyéndole, pensaron
que no estaba aquel hombre en sus cabales.

—Con tal procedimiento
cogerá —le dijeron— pocas truchas;
a lo que él respondió: —No cojo muchas,
pero ¡ay! a la que cojo la reviento.

* * *

Muchos hombres se entregan
a la pesca de dichas, piedra en mano,
con afán tan insano
que las hacen tortilla cuando llegan.

¿No acusa más cordura
el alma, que, paciente y recogida,
no busca su ventura
entre las turbias aguas de esta vida?

ENRIQUE MENENDEZ PELAYO

(Dibujos de Pedraza.)

PINTORES VASCONGADOS



EN LOS DIAS DE LA ULTIMA guerra civil acompañaban al cuarto militar de don Carlos algunos artistas y escritores; entre ellos estaba, con su paleta sobria, su ingenuidad y su misticismo, Lecuona, el maestro de todos. Algo se había intentado antes: Elorriaga, Barroeta, sobre todo Bringas, dieron nuevos asuntos al pincel. Este se fijó en el país como en otro tiempo los flamencos, y el país tenía algo que dar, mucho que enseñar y empezó a moverse la pintura en Vizcaya. Lecuona mantenía en los últimos años del siglo XIX el estudio único, y por su pauta dirigidos, salieron para París los maestros de la centuria siguiente. Hay tres nombres para recogerse con respeto: Guiard, Guinea, Losada. El más pintor, Guinea, el más copioso, el más dúctil, el más lírico. Guiard el afrancesado con virtudes de dibujante, descuidando el color y tímido para el retrato y las grandes composiciones. Anecdótico de los aldeanos. Losada un poco más aristócrata, indeciso en sus temas históricos al principio y literatesco al final, influido por los cronistas del solar.

Ellos, con sus virtudes exageradas por ciertos apologistas y sus defectos, trajeron el nuevo modo impresionista a los Gauguin. El arte vino de París y muy poco de Italia. Más tarde, quizá, quedan superados éstos por los jóvenes Arteta, Arrue, Laroque. Aunque los dos últimos ya expusieron en la exposición del 92 cuadros a lo Sorolla.

La pintura ha tomado en Vizcaya normas adecuadas, se prefiere el color, se busca el asunto y se vitupera la forma y lo clásico. Hay quien mantiene el empuje de la verdad pictórica: Alcalá Galiano acaba de obtener en la Nacional primera medalla; Barroeta recoge las dos direcciones: muy francés en sus cuadros interiores y de jardín y

muy velazqueño en sus retratos inimitables.

Notaremos el nombre, siempre respetado, de Regoyos, quizá algo esporádico en Vizcaya, pues sus imitadores carecen de la ingenuidad de asunto y jugosidad de prado y aire.

En realidad hay planteado un problema: el de la existencia de una pintura característica. Hoy esta pintura se cifra sólo en el asunto; la manera es parisina. Y el mismo asunto abarca sólo el ruralismo en su aspecto aldeano. Pero ¡hay algo más hondo y vetusto y de verdadero empuje en el país. Todavía no ha sido llevado al lienzo. En Zuloaga, el Magnífico, hay algunos intentos, pero no ha tenido aún la visión clara, que sólo puede darla un libro, un poeta o un escritor de los que señalan ruta perdurable.

El gusto de los franceses es tan intenso que Echevarría forma casi escuela y es un devoto apostolizante de Gauguin y Cézane. Pero temo que a pesar de las admirables ediciones en libros de las obras de los Maestros franceses, la juventud advierta el truco. En puridad, de la entraña española salió siempre más arte en la pintura que de los versalles.

Los colorines de la pintura norteña importados, quién lo duda, quedan convertidos en luz blanca junto a las realidades de los andaluces o extremeños y la culpa ha de tener la moda reprochable. Nuestra carta está echada por una mayor seriedad en la pintura vascongada, por un mayor tecnicismo académico de una academia nueva, si se quiere, pero academia.

Que las lumbres eléctricas de León Blaks no perturben demasiado la ingenuidad y nobleza de Vizcaya.

XX

Bilbao, Agosto 1920.



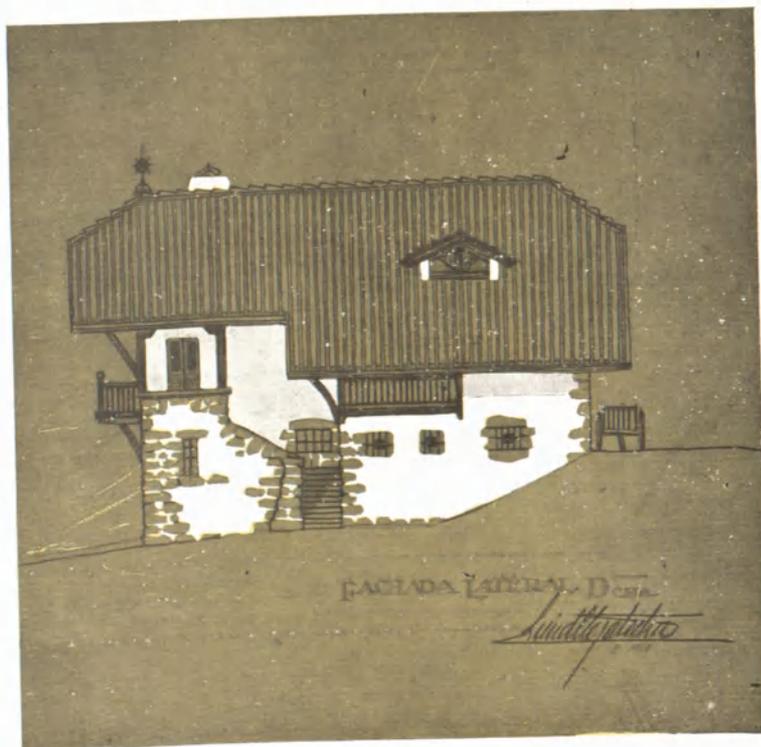
ASPECTO PINTORESCO DEL CASERIO VASCO



OR QUÉ ES BELLO EL ASPECTO DEL «CASERIO VASCO»? PREGUNTA el Arquitecto Sr. Guimón, y él mismo se da la respuesta en bellísimos párrafos: «Asentado sobre sólidos muros de mampostería, que forman el basamento reforzado en sus ángulos o aristas con sillería, acusando al exterior un enorme retablo, aparece perforado este zócalo por ventanitas que iluminan y ventilan la cuadra sin temor de que se enfríe el ganado. Esta solidez contrasta graciosamente con la ligereza de la construcción superior, entramada de roble. El camarote, volado graciosamente sobre el piso principal. La cubierta es de teja árabe a dos aguas, con poco declive y gran alero, que protege y realza con su sombra esta composición de fachada sencilla y armónica que nos produce una sensación de simpatía agradable.»

Ante cuadro tan agradable no es extraño brotaran de la inspiración de ANTONIO DE TRUEBA, *Antón el de los Cantares*, aquellos versos:

Una heredad en un bosque
y una casa en la heredad,
en la casa, pan y amor,
¡Jesús, qué felicidad!





MAITETXV
POLITA



CANCION VASCA
POR
JESVS GVRIDI

Adagio con espressione

dolciss

Soprano
p il - ne mai - te - - tou po - li -

Contralto
i l - - ne mar -

Tenore
il - ne mai - te - - tou' i l - - ne mai -

Basso
i l - - ne mai -

-ta! Nene bi - o - - zan bi - zi - tza; i l - ne ku - tum - tro - lag - ta -

-te - tou po - - li - - ta! i l - - ne ku -

-te - tou po - - li - - ta! i l - - ne ku -

-te - tou po - - li - - ta! i l - ne ku - tum - - tro lag - ta -

meno p cresc.

na! Nen-re go-gu-an go-ru-na. E-guz-ki ga-be, lu-di-

-tum - - tso lag-ta-na, lag ta na! E-guz-ki ga-be,

-tum-tso lag-ta-na, lag ta na! E-guz-ki ga-be,

-na! E-ne ku-tum-tso lag-ta-na! E-guz-ki ga-be, lu-di-a

cresc.

cresc.

cresc.

pp

-a y-llun-i-llun-a, be-rez, da; Zu ga-be ni; ai mai-ti-

lu-di-a y-llun-i-llun-na, be-rez, da; Zu ga-

lu-di-a y-llun-i-llun-na be-rez, da; Zu ga-be ni; ai mai-ti-

y-llun-i-llun-na be-rez, be-rez, da; Zu ga-

pp

pp

pp

pp

rall.

-a! O-rain-dik i-llun-a-gu-a.

ni, O-rain-dik i-llun-na-gu-a.

-a! O-rain-dik i-llun-a-gu-a.

ni, O-rain-dik i-llun-na-gu-a.

rall.

rall.

rall.



Casas de «La Cava» contiguas a la Universidad de Deusto, donde vivió y murió Doña Rafaela Ibarra de Vilallonga

Doña Rafaela Ibarra de Vilallonga

Entre las rojizas desgarraduras y gigantescos socavones de los férreos montes de Vizcaya, bajo el cielo plumizo que enturbian las humaredas de los altos hornos o enrojecen con llamaredas de incendio los convertidores de acero; como una aurora de esperanza, como una rosa de caridad y de pureza, florece a orillas del Nervión, durante el último tercio del siglo XIX, la vida de la insigne dama católica doña Rafaela Ybarra de Vilallonga.

Suave fulgor de las alturas nimba su cabeza. En su mirada firme y transparente reverbera el esplendor interno de la gracia, el endiosamiento, la elevación del espíritu, una como eflorescencia y redundancia de la hermosura sobrenatural que embellece su alma.

Viste modestamente, pobremente se diría con más exactitud, sobre todo en los últimos años: tal vez, las prendas que de limosna ha recibido de sus criadas, porque ella se ha hecho y quiere ser la más pobre de todas, no por ruindad de ánimo, que el suyo siempre holló sobre el polvo de las riquezas, sino por afán de imitar al que, siendo la riqueza del Padre, no tuvo en la tierra donde reclinar la cabeza.

Atenta, obsequiosa, servicial, sonriente siempre con sonrisa de cielo, su santidad derramó el contento y la dicha en todos los que la rodeaban.

Para su madre doña Rosario de Arámbarri, ilustre dama nacida en la isla de Santo Tomás, fué, además de

hija cariñosa, confidente de todas las penas y de todos los secretos, aun de la vida espiritual.

Ejercitó los oficios de una hermana de la caridad o de una sierva de Jesús con su padre el insigne D. Gabriel María de Ybarra, uno de los iniciadores del moderno movimiento industrial y minero de Bilbao.

Para su ejemplar esposo el Excelentísimo D. José Vilallonga, trabajador infatigable, inteligente promotor, o fundador más bien, de la moderna siderurgia nacional española, doña Rafaela fué la «mujer fuerte» de los Libros Santos: la esposa modelo, verdadero tesoro y joya inestimable y varilla de virtud, según la expresión del autor de *La Perfecta Casada*, en quien su marido halló siempre «en la alegría, compañía dulce con quien acrecentar su gozo comunicándolo; y en la tristeza amoroso consuelo, y en las dudas, consejo fiel; y en los trabajos regalo; y en las faltas, socorro; y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, guarda de su casa, maestra de sus hijos; y finalmente, en las veras y en las burlas, en lo próspero y en lo adverso, en la edad florida y en la vejez cansada, y de la vida por todo el proceso, dulce amor y paz y descanso».

Levantáronse sus hijos, y loáronla. Además de los que eran su sangre —el primer Conde de Vilallonga, el R. Padre Gabriel de la Compañía de Jesús,



Doña Rafaela Ibarra de Vilallonga



Capilla del Colegio de los Santos Angeles Custodios.—Zabaldide (Bilbao)

la R. M. Rosario de las Esclavas del Sagrado Corazón, doña Amelia Vilallonga de Medina y don José Vilallonga —, hijos también de su cariño fueron los cinco hermanos Urquijo, nacidos de su hermana doña María del Rosario, quienes en su *tiita*, como ellos invariablemente la llaman, encontraron desde la niñez la madre que en los primeros años de la vida habían perdido.

La educación que a estos sus hijos dió aquella gran señora, parecería hoy a muchos de un rigorismo intolerable. Algunos pudieron creer que amaba menos que otras madres. Y no es que amara menos, sino mejor y más ordenadamente. Sus hijos tenían bien experimentado ese amor; y a pesar de que muchas veces les negaba los permisos que unos y otros la pedían para llevarlos a diversiones, bailes, teatros, jamás sintieron movimiento alguno de disgusto o de amargura contra ella.

Angel tutelar de toda su numerosa parentela, en Sevilla, en Madrid, en Barcelona, en París, donde quiera que alguno de sus deudos caía enfermo, allí estaba ella a su cabecera, hasta dejarle



Relieve simbólico.—Escudo de la Congregación de los Santos Angeles Custodios

fuera de peligro o ponerle en las manos del Dios de las misericordias.

Nadie más indulgente que ella con las debilidades ajenas. Las personas que por vez primera se acercaban a tratarla lo hacían con cierto temor de ser juzgadas con severidad; pero bien pronto experimentaban su bondad y condescendencia inagotables.

Las gentes humildes que sabían la grandeza de su casa y oían hablar de sus riquezas, tal vez con exageración, quedaban espantadas de la sencillez de su porte y de la llaneza de su trato.

Pudo, como en otro tiempo, Doña Magdalena de Ulloa, ser llamada «la limosnera de Dios». Su caridad no conocía otros límites que los de sus haberes y los de la obediencia.

Cuanto se acaba de leer era sabido en Bilbao de toda clase de personas. Lo que ni sus más allegados, ni sus mismos hijos llegaron nunca a sospechar fué que aquella señora, de trato tan apacible, de sonrisa tan atractiva y bondadosa, practicara en

pleno siglo XIX y en medio de una casa opulenta y regalada, penitencias y humillaciones que el mundo moderno no podría oír, y que apenas en la Edad Media nos parecen creíbles cuando las leemos en la historia de Santa Isabel, Reina de Hungría.

Era la locura divina de la cruz; el empeño generoso de aniquilar la rebeldía de la carne contra el espíritu; el afán sublime de despojarse del viejo Adán para vestirse del nuevo; el ansia insaciable de dolores, deshonras, oprobios, por más parecerse e imitar a Jesucristo crucificado.

En un corazón así endiosado y enamorado de Jesucristo, el celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas había de levantar victorioso su bandera.

Al compás de las riquezas y comodidades, multiplicábanse en Bilbao los tropiezos y resbaladeros para las jóvenes obreras y sirvientas.

Doña Rafaela sintió desgarrado de pena su compasivo corazón; y de fruto de sus afanes y desvelos fueron el Colegio de las Adoratrices, el de Religiosas Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico, la Casa de Maternidad que de nueva planta levantó la Excm. Diputación de Vizcaya, la Junta de Obras de celo, compuesta de las más distinguidas damas bilbaínas, con sus múltiples secciones de visitas a los Hospitales, a la cárcel de mujeres, a la Maternidad, a donde quiera que peligrase una alma.

En las mismas madrigueras de vicio no dudaba meterse aquella castísima señora para arrancar una alma al infierno.

Fueron cientos y miles las que salvó en sus constantes correrías apostólicas. Fueron innumerables las que espiritual y corporalmente remedió en su propia casa de la Cava.

Su anhelo, su idea fija, su vida toda, llegó a ser la salvación de las jóvenes abandonadas.

Y un día sonó en sus oídos aquel grito de angustia: «Sed tengo». —¿De qué, Señor?— De almas y más almas.

De la llaga abierta del Sacratísimo Costado la sangre brotaba



Grupo escultórico a la puerta del Colegio de Zabaldide: Angeles Custodios protegiendo a jóvenes obreras

a raudales. Los ángeles la recogían en copas de oro y la aplicaban al mundo.

Aquellos ángeles debían ser las religiosas de una nueva Congregación.

Recogidas a fuerza de sacrificios y amparadas por algún tiempo en las casas de corrección y refugio, las pobres jóvenes volvían a correr los mismos riesgos y a despeñarse en iguales abismos.

Había que procurar más eficazmente la *perseverancia* en el bien de esas y de otras almas que se hallaran en trances parecidos.

Por otro lado, la experiencia cotidiana enseñaba que la mayor parte de aquellas desgraciadas habían sido precipitadas en el vicio prematuramente, por faltarles todo amparo.

Era necesario prevenir tales caídas, *preservando* a las niñas inocentes que corrieran peligro.

Ninguna de las Congregaciones religiosas ya fundadas se creyó llamada a remediar plenamente tales necesidades; y para procurarlo, nació el Instituto de los Santos Angeles Custodios con su doble rama de *Perseverancia* y *Preservación*.

La fundadora del Instituto fué Doña Rafaela Ybarra de Vilallonga.

Bilbao, Málaga, Santander, Madrid y San Sebastián, cuentan ya con religiosas de los Santos Angeles Custodios.

Son muchas otras las ciudades que las esperan, en España y fuera de España.

Desde la cruz, abierto el sacratísimo costado Jesús sigue gritando: «Sed tengo». Y la sangre corre a raudales de su rasgado corazón.

Que los ángeles de la tierra se apresuren a recogerla.

Al pie de la cruz, en la fuente escondida del Sagrario, esa sangre divina será para las almas que la recojan premio anticipado del cielo y aliento para nuevas conquistas.

En esa fuente bebió Doña Rafaela a grandes sorbos el amor de Dios hasta el sacrificio, y el celo por la salvación de las almas hasta la locura.

CAMILO MARIA ABAD S. J.

Comillas, 7 de Agosto de 1920.





Castillo de la Emperatriz Eugenia en Arteaga

(Fot. Lux)

LA EMPERATRIZ EUGENIA EN ARTEAGA



PARA TODOS FUE SIMPÁTICA la figura la de ex Emperatriz, mucho más para los vizcaínos, que vieron siempre en ella a la señora de la Casa de Arteaga, una de las siete del Señorío.

En atención a la vizcainía de la ex Emperatriz, se tejó la crónica más amable de la Vizcaya foral y

porque en ella intervinieron nuestros abuelos, tiembla todavía la emoción en nuestros labios y florece en nuestro corazón el sentimiento.

La Torre Fuerte de Arteaga,alzada en la Vega de Guernica, fué restaurada por diligencia de esta vizcaína tan excelsa y los arquitectos y jardineros Covreches y Newraan diseñaron los planos de la nueva mansión.

La Torre Fuerte quedó convertida en palacete fortaleza y el blasón de los Arteaga con su banda y sus dragantes, campeó de nuevo en la clave del arco del primer adarve.

La Junta de Guernica acordó en 1856 nombrar hijo de Vizcaya al de la Emperatriz y se dió la alta comisión de la embajada a dos ilustres caballeros vizcaínos, don José Salvador Lequerica, que ya había sido Prior del Consulado y don Antonio López de Calle. Ambos llegaron a Biarritz y allí fueron recibidos con solemnidad por los soberanos de Francia que, para perpetuidad de aquel hecho, donaron a la Diputación la consola sostenida por el águila imperial, sobre cuyo mármol se alzarían dos soberbios Sevres, con los retratos del Emperador Napoleón III y de la Emperatriz Eugenia, teniendo el centro la efigie del Delfín, que pocos años después había de encontrar la muerte peleando miserablemente con las tribus más degradadas del Africa Sudoeste.

Los pinceles del artista vizcaíno Arzadun y del insigne Madrazo perpetuaron los semblantes de los enviados, trazando la amplia banda de la Legión de Honor sobre los atildados fraques de la época, 1860.

La vizcainía de la Emperatriz, hoy es grato recordarlo,



no era demasiado remota. Por la línea Portocarrero se halla la línea vizcaína; pues la abuela de la Emperatriz Eugenia, Doña María Francisca de Sales Portocarrero Zúñiga la Cerda, Fernández de Córdoba, Guzmán, etc., tenía la siguiente ascendencia:

Don Cristóbal Portocarrero, conde de Montijo y de Teba, casado con Doña María de López de Zúñiga; hijo de

Don Cristóbal Portocarrero, asimismo conde de Teba y Montijo, casado el año 1717 con Doña María Fernández de Córdoba; hijo de

Don Cristóbal Portocarrero, cuarto conde de Montijo, etcétera, casado con Doña Ursula de la Cerda y Leiva de la Cueva, que falleció el 1683; hija de

Don Juan de la Cerda Leiva y Arteaga, quinto Marqués de Ladrada, señor de la Casa y fortaleza de Arteaga, casado con Doña M. Isabel de Leiva y Mendoza, su prima segunda, condesa de Baños, hijo de

Don Gonzalo de la Cerda, y la Lama, cuarto marqués de Ladrada, casado en 1603 con Doña Catalina de Gamboa y Leiva, señora de la Casa de Arteaga, hija de

Don Pedro de Leiva, casado en 1574 en el castillo de Arteaga con Doña Leonor de Arteaga y Gamboa hija de

Don Fernando de Arteaga y de Catalina de Mendoza, hija del conde de la Coruña, hijo de Don Fernando de Juan de Arteaga y Gamboa, hijo de Don Martín Ruiz de Arteaga y Avendaño, el famoso banderizo citado y co-

mentado por el nuestro clásico Lope García de Salazar.

La Emperatriz está, pues, enlazada con casi todas las casas de parientes mayores vizcaínos, y muy principalmente con los Avendaño, Urquizu, Gamboa, Butrón, Guevara, Olaso, etc.

Por esta razón actualmente existen en Vizcaya algunas líneas consanguíneas de la Emperatriz, principalmente por la Casa de Gamboa, que vino a los condes de Villariezo y a los condes de Lences, y de los cuales y de la gran Casa de Chaves, una de cuyas ramas, la de Don Domingo Aparicio de Chaves, obtuvo el Corregimiento de Bilbao, descienden bastantes familias bilbaínas.

Hoy, de toda aquella época foral tan fuerte, tan llena de ilusiones y tan pacífica entre las dos guerras, nada nos queda sino el recuerdo; y por fin aquella Emperatriz, tan bella, tan nuestra, tan emotiva, que pensó en nuestro dulce paisaje tantas veces, ha fallecido también, dejándonos un recuerdo, su castillo de Arteaga, que debiera ser monumento nacional, lugar del Señorío de Vizcaya en donde las Corporaciones consiguieran formar un Museo foral, algo que conservara el aroma y la enseñanza de aquellos tiempos tan cercanos y ya tan remotos, y en donde el visitante, volviendo la consideración al pasado, pudiera observar que nuestro pueblo posee una historia ejemplar de hazañas y virtudes.

SABINO DE AYALA





Atardecer (Cua Iro de Regoyos)

EL PINTOR FRANCISCANO DARÍO DE REGOYOS

«Laudato si, Misignore, cum tucte le tue creature
Spetielmente messor lo frate sole,
Lo cuale iorno et illumini noi per lui.
Et ellu e bellu e radiante cum grande splendore
De te, Altissimo, porta significazione.»

FRANCISCO DE ASIS

Este nombre, Darío de Regoyos, con su sabor antiguo, ha de sonar todavía en muchos oídos vagamente como a manera de recuerdo de un artista extravagante e infantil; en otros, por el contrario, y eso es lo cierto, sonará como el nombre de un artista que trajo a España, cuando debía, la visión impresionista del paisaje, a la vez que una nueva manera de sentir. Nació en Rivadesella, de padres oriundos de las Encartaciones de Vizcaya, y murió en Barcelona el año de 1913, en la otoñada, a los cincuenta y cinco años de edad. Gran parte de su juventud la vivió en el extranjero, principalmente en París y Bruselas, donde trató y fué amigo de los grandes pintores del Impresionismo. Desde 1883 peleó como un bravo por la implantación en

España de la nueva manera de ver y sentir el paisaje, y fué, en consecuencia, asiduo concurrente a la *Sala del crimen* de las Exposiciones Nacionales. En sus postrimerías, consiguió mención honorífica y tercera medalla. Los jurados se mostraron generosos. ¡Era el primer paisajista español!... A esto, y algún otro detalle de la misma importancia, se reduce su biografía exterior por decirlo así; la íntima, la verdadera y conmovedora, está en su obra y en lo que se recuerda de su carácter de hombre.

Obligaron en cierta ocasión a D. Pío Baroja a escribir un pensamiento en el álbum del Museo de San Sebastián. El autor de *Idilios Vascos*, un poco abroncado por la ostentación de títulos que hacían los demás firmantes escribió sencillamente: «Pío Baroja, hombre humilde y errante», usurpando así, inconscientemente, su carta de naturaleza moral a Darío de Regoyos.

¡Hombre humilde y errante! No conocemos

expresión mejor para definir el carácter de Regoyos. Que en la humildad y la afición a la vida errabunda está la clave de su espíritu. Pasó el mayor trecho de su vida errando del campo a la ciudad y de la ciudad al campo, en las manos los trabajos de pintar y a la espalda, cuando era joven, la guitarra. Por su porte cuitado y la expresión arrobada y viva de sus ojos, y lo infantil de la sonrisa, dijérase que era uno de aquellos juglares que, por un «vaso de bon vino», cantaban los loores de la Virgen y la Vida de los Santos. Su espíritu, hirviente en simplicísima malicia, era el de un hermano menor poeta, rezagado, en su venida al mundo, un buen golpe de siglos. Corrió así buena parte de Europa y fatigó todos los caminos de España. Fué el precursor más inmediato del movimiento del 98. Gozó de todos los paisajes y costumbres populares españolas, y no era cosa difícil en su juventud verle haciéndose retratar en Londres por Whistler y a los pocos días viviendo con cualquier tribu gitana en Granada.

La gente urbana le molestaba mucho, y tuvo, como pocos, la aversión romántica del burgués. Sus dibujos, sus escarnecidos dibujos, son sus verdaderas notas de viaje y por ellos puede colegirse, mejor que por las obras acabadas, la agudísima percepción del pintor. En el sentido del dibujo correcto, académico, fué Regoyos, indudablemente, pésimo dibujante; pero los apuntes rapidísimos que hacía para retener sus impresiones son de un encanto indecible, y algunos, francamente, de primer orden. Recuérdense los bellos grabados en madera con que ilustró la «España Negra», de Verhaeren, en su edición española, aumentada y corregida por el propio Regoyos.

Equivalentes en valor artístico y psicológico a estos apuntes, fueron sus talentos de guitarrista y cantor al modo popular. En un estudio completo de Regoyos no podría pasarse por alto, sin incurrir en grave falta, estas habilidades suyas. Los que le conocieron, siendo joven, guardan impresión imborrable de sus sesiones de guitarra y canto popular.



Entierro en Mondragón (Dibujo de Regoyos)



Estudio, por Regoyos

Le conocimos nosotros ya maduro y un poco fatigado, en tiempos en que había que invocar su mucha amabilidad para que tomara la guitarra y la tañera y cantara. Con todo era algo extraordinario el oírle. Entre rasgueos y punteados de guitarra, alaridos salvajes y muecas de escultura bárbara, se evocaba en ronda frenética lo más bárbaro y pintoresco del alma y costumbres populares de Iberia. Sólo Goya ha penetrado con intuición tan segura en lo más áspero y acre del alma nacional.

Había en Regoyos, pues, gran capacidad para sentir y expresar lo popular español, y ponía en ello sal de humor y acedumbre de sátira, como hombre de compleción espiritual delicada que era, nacido, además, en tierra blanda, como es la asturiana, y educado en países donde el sentir y el expresar no son tan agrios y turbulentos como en el nuestro.

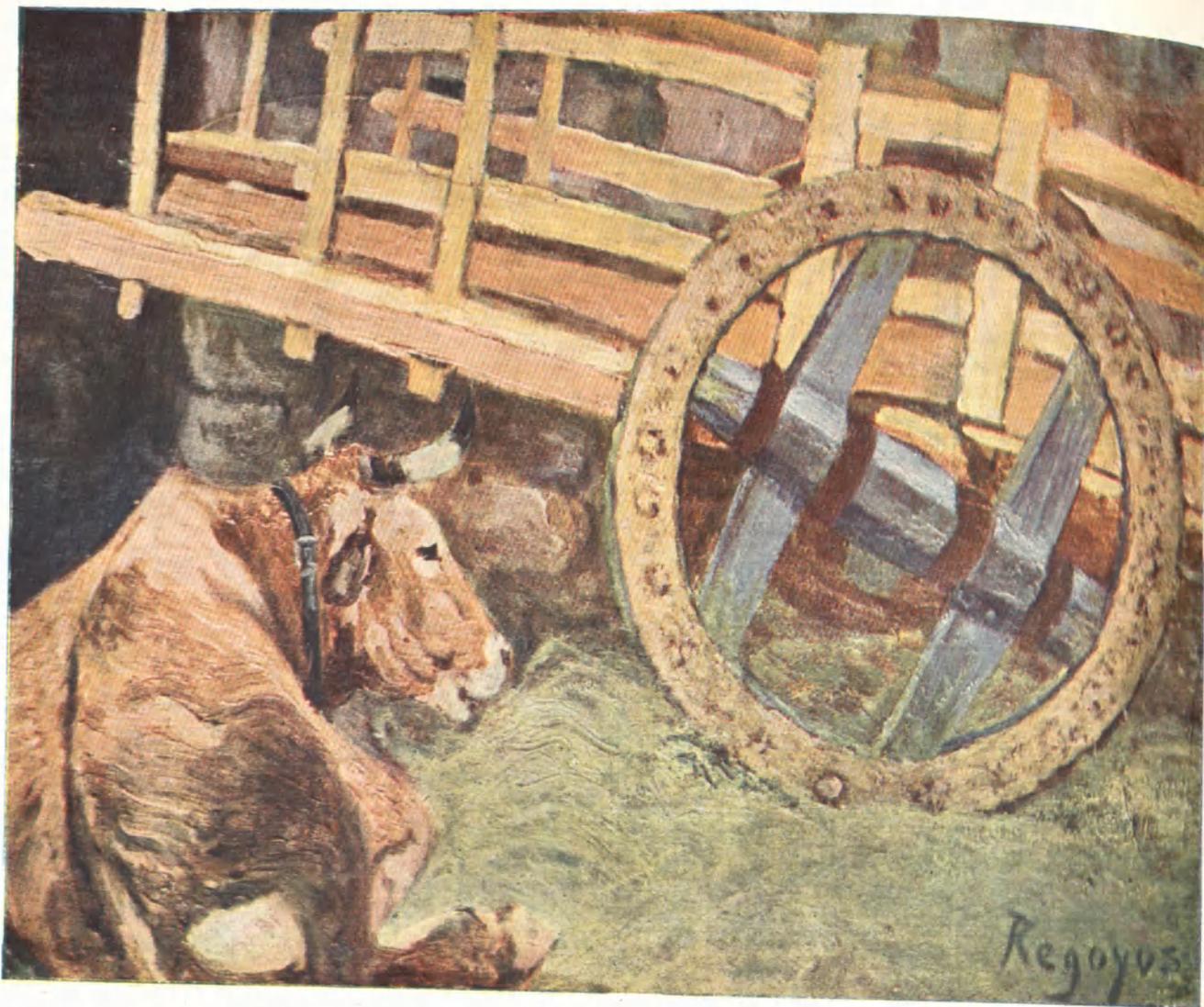
Por eso, al volver a España, luego de ocho o diez años de ausencia, tiempo en que se formó pictóricamente y combatió en primera línea por el triunfo del Impresionismo en Bruselas, el choque

que sufrió su sensibilidad fué muy fuerte. Tornaba a la patria con los nervios enfermos de resultas de la pelea, y no vió, al comienzo, por virtud de la historia que sufría, más que una España trágica y macabra. Su visión de España fué la misma que la del poeta Verhaeren, en quien Regoyos influyó sin duda no poco; y así sus primeras obras españolas que merecen citarse se resienten bastante de ese estado de espíritu. En sus años de madurez y equilibrio espiritual las miraba a veces Regoyos con asombro y simpatía a la vez. Su paleta en esa época era tenebrosa; su color, seco y desarrollado en ásperas armonías. Los temas eran: Calvarios, Cementerios, Flagelantes, Ajusticiamientos, Corridos de Toros, sombríos interiores de iglesias antiquísimas, paisajes espectrales, incendios; en fin, pintura de pesadilla, desolación y fieros males.

Pasó algún tiempo y Regoyos contrajo matrimonio con una noble dama francesa. Entonces se estableció en Irún. Sus nervios cobraron asiento en la mansedumbre melancólica del paisaje vasco. Apareció, al fin, tras no pocos desvíos de la sensibilidad, su arte jocundo y lleno de amor purísimo por los campos y marinas. Con ello la región cántraba tuvo un gran poeta de su paisaje, y España su pintor de alma más pura y diáfana. Un caso



Apunte, por Regoyos



Estudio, por Regoyos

único en el arte nacional, sin precedente y, hasta ahora, sin descendencia.

El País Vasco es la única tierra del mundo que logró fijar a este enfermo de paisajes desconocidos: pero aun así y todo no pudo curarle de la tremenda afición al camino, y cuando su alma se llenaba del adormecimiento de las brumas y neblinas cántabras, entonces, como quien se despereza y despierta de un sueño, tornaba a él y corría tras los crepúsculos líricos de Castilla y Andalucía. Durante el día se sentía Regoyos enfermo en esas regiones de máxima potencia luminosa, y para expresar el hastío que le causaba tanta luz, decía despectivamente: «Anda, y que lo pinte Sorolla». Pero llegadas las horas crepusculares, Darío de Regoyos supo desentrañar de un modo pleno, clásico, perdurable, toda la grandeza lírica de las tierras luminosas. Una de sus mejores obras es el «Camino de las Neveras», de Granada, que posee el Sr. Haras, de Bilbao.

Por eso no hay que fiarse gran cosa de las palabras con que Regoyos suele rechazar los paisajes de España no cántabros. Una cosa escribe y otra pinta. ¿Por qué, si sus palabras expresan su verdadero sentir, por qué corre tanto por el medio-

día y centro de España? Era un paisajista íntegramente español, y toda España le llamaba. El País Vasco fué su centro, es cierto, pero ese ámbito de luz mortecina en que su retina recogía la gama maravillosa de los grises cobraba toda su significación a través de la visión radiante de la España solar.

Apuntadas estas reservas, puede sentirse con toda exactitud a través de algunos escritos de Regoyos, cartas y apuntes de momento, el modo cómo su espíritu concordaba con el paisaje vasco. «Aquí en Madrid —escribía a su amigo don Manuel Losada—, el sol le persigue a uno por todas partes: en la calle, en la exposición, sobre esta hoja de papel. Si el sol es la alegría, este pueblo es bien alegre; pero así como se desea el sol para la vida, no pasa eso para pintar. ¿Qué podría hacer aquí con la paleta en la mano? ¿Dónde se metería uno para encontrar una armonía de color? El otro día estuve en el Pardo, y, entre aquellos árboles, que han crecido mucho, no pensé en Goya, ni en sus majas, ni en Velázquez, ni en sus princesas, que algún día pasaron por allí en litera: pensé en un pedacito de campo verde de Guipúzcoa o Vizcaya, y, que entre caseríos, bajo un cielo gris,



me dejaran pacer como las vacas». Y luego añade, tratando de explicar el sentimiento del que parte su pintura: «...porque de este deseo irresistible que sentí al llegar a Irún en los años de 1883 a 93 nació mi arte y solo de esto».

En otras cartas, dirigidas desde Barcelona a don Miguel de Unamuno, escritas poco tiempo antes de morir, acentúa aún más esta añoranza del paisaje vasco. Son quizá sus últimos «paisajes». Dice así: «Pronto nos veremos, porque aquí no hay inspiración. Los ríos son cauces sin agua. ¿Habrá cosa más triste, aunque el sol quiera alegrarla? Cataluña es una maceta que nunca ha visto el agua. Cantabria es la maceta recién regada. Pero, desgraciadamente, mis ideales están reñidos con los bronquios desde que han venido los achaques. Lo que antes me hacía soñar, ahora me da reumatismo y me hace toser». Y, finalmente, este admirable párrafo delicadamente conmovido: «Los

de las montañas parece que deseamos siempre acercarnos a ellas, y así como guareciéndonos de la lluvia, agachándonos cerca de una pared, así nos gusta ir a las montañas y meternos en ellas con cariño. Esto me parece lo menos español de España por causa de la gente, pero diré, que felizmente hay montañas y esto me consuela». En estos párrafos simplicísimos está toda la estética de Regoyos, y también el sentimiento de melancolía serena y sin ninguna turbación, que domina en sus pinturas de plenitud.

En cuanto a la manera de Regoyos, su técnica o modo de hacer, es la del impresionismo y, en algunas ocasiones, la escolástica del Neo-Impresionismo; pero, a bien para su obra, la que domina es la primera. En esta ocasión no es, sin embargo, su técnica lo que nos importa. Lo que verdaderamente nos importa ahora es su amor entrañable y puro por la Naturaleza y aquella su sutilísima vi-



Bateleras (Litografía de Regoyos)

tud perceptiva de las variaciones lumínicas. Una niña de un pueblecillo vasco describía una vez a Regoyos como «un hombre que tenía unos ojos así... más raros...» Bella descripción en su vaguedad infantil. Sí, eran los ojos de Rogoyos muy extraños y eran toda su persona: al reflejarse en ellos la luz, se dijera que dejaba de ser un puro fenómeno físico y se trasmutaba maravillosamente en un ser dotado de sentimientos y pasiones. Que en la obra de Darío de Regoyos la vemos representar todos los papeles, desde el trágico y tenebroso al dulce y sonriente.

De ahí que tantas y tantas veces reparara poco Regoyos

en la belleza formal del paraje que pinta. Porque no había lugar del mundo que en ciertos momentos no estuviera para él colmado de gracia y hermosura. Aun las cosas más hediondas y repulsivas se transforman en maravillas por virtud de la luz. «Ved ese hacinamiento miserable de casuchas derrengadas y ruinosas —nos viene a decir el pintor Franciscano—. Su desvalimiento y miseria no inspiran sino repugnancia. Sin embargo, aguardad a que nazca sobre ellas la aurora o descienda el crepúsculo vespéral, y entonces, lentamente, por la aridez de sus flancos leprosos comenzaran a florecer las más exquisitas tonalidades. Las



Apunte, por Regoyos

flores no las tienen más bellas. Avanza más y más el crepúsculo y los colores se acrecientan y avivan: un cristal arde con fulgores centelleantes, luego es como si un fuego interno, llama transfiguradora del pentecostés, hiciera hogar en el interior de las casuchas y éstas se hicieran transparentes: es el alma ardentísima de aquella ruindad que solo asoma en las cercanías de la noche».

«Laudato si, Misignore, cum tute le tue creature
Spetielmente messor lo frate sole».

JUAN DE LA ENCINA



Apunte, por Regoyos

PALACIO VALDÉS

UNA VOCACION Y UN HOMENAJE



LA FIESTA ESPIRITUAL QUE RECIENTEMENTE SE HA CELEBRADO EN Avilés en honor del maestro de la novela Armando Palacio Valdés, no ha de tener por término el último número del programa. Creo que ese ha de ser el punto de partida y que ahora los críticos han de iniciar el estudio de la obra admirable del autor de *Riverita*. Intentemos aportar al empeño algún rasgo.

Entre *El señorito Octavio* y *La novela de un novelista*, hay cerca de veinte títulos, una larga vida laboriosa, cientos y cientos de personajes, innumerabilidad de problemas sociales, un desfile sin término de paisajes, de lugares, de escenas; cuarenta años mal contados de luchas, de pasiones, de contradicción entre los elementos nacionales, formas de gobierno que periclitán y resurgen, vibraciones continuas del inmenso crisol en que se funden, enturbian y depuran ideas, principios, modas, ensayos y rutinas; la faz hispánica gesticulando ya en la convulsión frenética de las revoluciones, ya en los encuentros del amor y del odio... Ved si en ese largo espacio hubo algo que perdurase. Todo cambió, de tal manera, que hasta el idioma de las muchedumbres dio de sí diversos matices, ora el sarcástico, ora el de los ardorosos entusiasmos. La canción, que un día electrizó a las gentes, fué desdeñada después. Pasaron los gabinetes directores, las Cámaras. Hubo guerras civiles y exteriores, perdimos el imperio colonial, y otras muchas cosas perdimos. Entre tanto, el novelista, seguía en su despacho, sentado ante su bufete, llenando de signos las cuartillas blancas, en los que quedaba el esfuerzo de cada día, la observación de cada hora, el juicio, la frase de cada minuto. Pues bien; Palacio Valdés fué el hombre esforzado que realizó tal empeño, ajeno a las sugerencias circundantes, atento no más que a la tenaz, áspera, dolorosísima labor en que había cifrado sus ambiciones.

¿Y esperando qué?... ¿El triunfo?... Un gran psicólogo ha dicho que en las artes sólo una victoria es estimada por el adalid: la primera, la que le da entrada en la profesión, la que le da carta de naturaleza entre los acreditados y famosos. Luego nada hay que le indemnice del martirio, martirio de dudas, de titubeos, de zozobra. «¿Acertaré? ¿Me habré equivocado?...» Mientras la máquina rueda, imprimiendo miles de pliegos que el encuadernador cose y lanza al público, tiembla el artista sospechando que acaso el nuevo volumen ha de ser su tumba literaria.

Faena cruel, entre la indiferencia, la envidia y la ignorancia.

Es que obra tal, no es realizable sin el poder secreto de la vocación.

Avilés y Asturias se han enaltecido dedicando sus entusiasmos al preclaro escritor.

Porque ya es digno del aplauso unánime el que ciudad tan ilustre erija un templo al arte con el esplendor de su nuevo teatro. No es menos estimable el caso de que Asturias toda se haya reunido espiritualmente para enaltecer la fama de un maestro de las letras. Igualmente demuestra lo justo del homenaje y el común sentir nacional respecto a Palacio Valdés, el que ahora, como en tantas ocasiones memorables, se haya convertido el Principado en representante de la nación toda, para depositar a los pies del maestro laureles inmarcesibles. Presidió el acto inolvidable el representante de Su Majestad el Rey, quien al poner su firma en la consagración definitiva de la egregia persona del artista sin par, da una de sus habituales pruebas de tutelar amor a los ciudadanos que ilustran la patria. Este conjunto de honores al caer sobre la augusta frente de Palacio, nos autoriza a borrar unas líneas, que con modestia ascética, escribió él de su historia literaria. «Mis libros —ha dicho— no son más que burbujas de agua que se mantienen un instante sobre la corriente y desaparecen... No son eso, sino eternas modalidades del genio, que durarán lo que la lengua en que han sido troqueladas.

Ello es que la grandeza de la solemnidad y la reputación del agasajado, si yo hubiera de expresar mis impresiones, me pondrían en el caso en que se vió un siervo del califa de Schimla, en los tiempos en que aún no habían acabado las grandes potencias europeas con el imperio musulmánico. El tal califa estaba siempre oyendo hablar con encomio de la Mezquita de Beirut, y como a él le fuera imposible realizar el viaje, envió a uno de sus más fieles servidores. Al regresar el expedicionario su señor le interrogó: «¿Qué me cuentas de esa maravilla?... Repuso el siervo: «Alá es grande... sólo Alá es grande... Y nada más que esto dije, y repitió mil veces el peregrino; hasta que cansado el heredero de Mahoma, le increpó de esta suerte: «¿Crees tú que te he mandado a tan largo viaje sólo para que me reces una *surá* alcoránica?... Al fin, como si saliera de una alucinación, siguió el narrador: «Grande es la ciudad aquella. La de las altas relieves guerreros que pelearon como leones en la eterna guerra; grande por sus valientes y porfidos... pero esa grandeza es sólo reflejo de la magnitud de Alá, sin cuyo poder inmenso no se concebiría ese espectáculo prodigioso... Entonces el califa concluyó: «Bien hablaste, y nada has de añadir para que yo sepa que la Mezquita de Beirut es cien veces más bella que cuanto me habían ponderado».

Así yo en la memoria de ese día... Grande aparece Avilés en su suntuoso teatro, porque en esos muros se encierra una voluntad creadora potentísima... Grande porque representa la genialidad de Asturias, madre de tantas glorias inmarcesibles... Grande es Asturias, que en esa hora sintetizó anhelos de España... Grande el talento del insigne novelista, al que sirven de dosel la luz y los amores de la patria... Y todas esas grandezas son rayos de la suma grandeza de Dios... Sólo El es grande... Dichosos los pueblos que viven a su amparo y en su Fe.

J. ORTEGA MUNILLA

EL
SANATORIO
MARITIMO
DE
GORLIZ



Conjunto de pabellones.—Fachadas posteriores

La Excelentísima Diputación de Vizcaya ha fundado y sostiene el Sanatorio Marino de Gorniz para curar a niños pobres enfermos.

Aconsejada por el ilustre doctor D. Enrique de Areilza,



Uniformes de las sirvientas

alma y vida de la Institución, ha llamado a una Junta de Señoras a velar por los niños y por el Sanatorio, porque lo que más se parece a una madre es siempre una mujer. Hermanas de la Caridad asisten a los niños; criadas las acompañan y secundan. No hay más hombres que los insustituibles e indispensables: el capellán, los médicos, los maquinistas, los vigilantes. Los niños que ya curados han salido del Sanatorio con visibles señales de pena de abandonarlo son muchos; son los más. Y es que es una vida placentera la que llevan en él. Con qué solicitud, con cuánto cariño, con cuánta delicadeza, puntualidad y paciencia se les atiende lo saben cuantos conocen la institución de las Hermanas de la Caridad; quienes no lo sepan pronto pueden aprenderlo sin más que visitar el Sanatorio de Gorniz. Si con suavidad y paciencia admirables atienden a las almas de los niños, con el saber que a algunas de ellas da el ser enfermeras titulares y a todas su fervor y su celo, remedian las lacras y las miserias de los pobrecillos enfermos. Y no es extraño que ellas lo hagan así porque también con gran cariño y acierto dirige la parte facultativa el ilustrado doctor D. Luis Larrinaga, secundado por el también cultísimo médico D. Luis Goiri.

De los medios de curación, los que hay en la farmacia son lo de menos. Lo demás son el aire del mar y el sol de Dios. Toman el aire y el sol desde las camas, que se ruedan a amplios terrados; se les ve, no como suelen verse a esos desdichados exhibidos para excitar la conmiseración del transeunte, sino rientes y juguetones, chillando y cantando, rebullendo sin sosiego como pajaritos que se ensayan a volar. Así es



Galería anterior de niñas

que va creciendo el número de niños que ingresan y no por ello van a más las cuentas de los farmacéuticos, al contrario, van a menos, cada vez a menos. Ciertamente que en cambio van a

más las del pan, leche, huevos, carnes, hortalizas, etc.; verdad que van a más, cada vez a más; pero como van también cada vez a más los niños que se curan, la Diputación de Vizcaya, los donantes que coadyuvan, la Junta de Señoras, las Hermanas, los facultativos y los curados todos, todos contentos.

Si sólo esto se cosechara en el Sanatorio de Gorliz sería una delicia para una señora formar parte de su junta de Administración; hay sinsabores y disgustos como en toda obra humana, pero Dios dispone que surtan a veces consuelos entre la rudeza misma de los pobres. Ingresó en cierta ocasión un niño en un estado lamentable. A los ocho días acude su madre a visitarle, se la conduce a la camita donde el niño toma el aire y el sol.

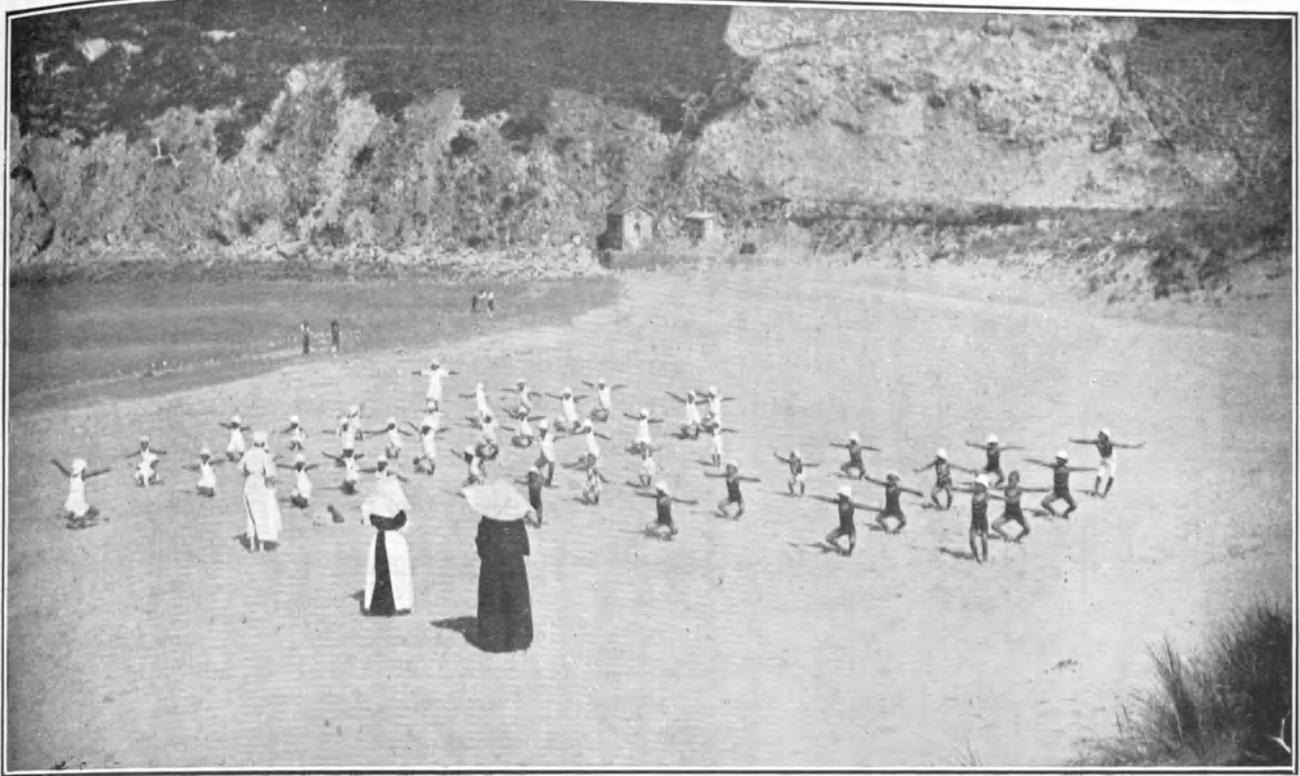
Ve la madre a su hijo, su animación, su alegría, su salud; se le va a la pobre mujer la cabeza, ríe, llora, balbucea y se vuelve y quiere dar cuanto dinero lleva, una peseta, a la Hermana que cuida del niño.

Se ha dado varias veces el caso de no conocer los padres a sus hijos al cabo de algunos días de no haberlos visto, tan otros y tan mejorados los encontraban; así es que la Diputación, las Hermanas, los Médicos y las Señoras están continuamente recibiendo bendiciones de padres agradecidos.

Parmitid a quien escribe esta página que la concluya alargando la mano abierta y con la palma hacia arriba con estas palabras: ¡Para el Sanatorio de Gorliz! Ya os lo he dicho: los niños acogidos son ya más de doscientos; las cuentas de



Galerías anteriores escalonadas



Gimnasia en la playa

los farmacéuticos bajan, pero suben las del pan, la leche, los huevos, la carne, las hortalizas. Suben, suben cada vez más, y todos tan contentos, a pesar de que hace falta mucho, mucho, mucho.

Porque ¡qué importa que ello duela en algún escondrijo si ese no es el corazón.

CONCEPCIÓN SMITH DE ROCHELT

Algorta, 20 de Agosto de 1920.



*Uniforme de las sirvientas
(Fots. Lux)*



TRVEBA Y VASCONIA



RUEBA CONMUEVE

hondamente nuestros corazones, porque en ellos despierta ecos perdidos en lejanías prehistóricas. Al mismo tiempo sus cuadros de patriarcal lirismo, halagan a los infatigables trabajadores con la visión de la calma apacible, vedada para ellos, y como, por la ley de los contrastes, el hombre sueña con ser lo contrario

de lo que es, y ansía como felicidad suprema aquello de que carece, el dulce poeta, cantor de las venturas del rincón escondido, fué y será siempre el predilecto de los vascos emigrantes.

Cuando, aguijado por la ambición, el vasco de las cumbres desciende al llano y mide la pequeñez de nuestros valles estrechos, oye la voz del mar, el eterno narrador de aventuras. Cierta que, en los escollos, resuena amenazador el bramido de las rompientes; no importa, en su corazón animoso hablan más alto las promesas de la esperanza.

Y allá va, sin volver el rostro. Marcha a lo desconocido, pero le sostiene la fe y el amor al trabajo. Confía en Dios y en sí mismo. Por lograr su propósito, se plegará a todas las fatigas y afrontará todos los peligros. Amará con leal cariño al país de adopción que su labor enriquece; se hará querer de los que con él conviven, por ese conjunto de modestas y sólidas virtudes que son patrimonio de la raza. Pero no olvidará su lengua milenaria, ni sus rezos infantiles; mantendrá vivo el recuerdo de sus fiestas sanas, de sus juegos atléticos; y allí donde arraigue levantará la casa solariega, la que junta y ampara a los honrados hijos de Vasconia haciéndoles triunfar del olvido con la añoranza de las costumbres heredadas; y en ella pasará las breves horas del descanso, entre los suyos, hablando en vascuence, de su pueblo y de su madre... ¡No ha de decirse que abandonan la patria, los que así la llevan en el corazón!

Su pensamiento vive entre nosotros. Ninguna de nuestras desdichas pasa ignorada por ellos: todo grito de dolor en esta orilla, encuentra en las playas remotas un eco de piedad.

¡Dediquemos un tributo de fraternal cariño a los que allende el océano sienten latir en este instante sus corazones al compás de los nuestros, a los hermanos que celebran en íntima comunión con nosotros, este homenaje al poeta amado de los ausentes, al que para ellos embelleció con sus cantares de suave poesía la dulce paz de la patria distante y dió voz de hermosura al culto de sus recuerdos!

Para esos desterrados escribía, sin saberlo quizá, aquel poeta, desterrado él también de su rincón dichoso. Ellos le han sentido más hondamente que nosotros, porque para ellos, como para él, el sol de Vasconia brilló siempre sin nubes inundando campiñas de eterna primavera fragancia. La fría realidad no empaña con sus nieblas los ensueños de los ausentes, como el humo, cortejo de la llama, no amengua sus fulgores para quienes la contemplan desde lejos.



Así, con la voz del poeta, la patria grita al desterrado:
—Ven; mis brazos te esperan. Sólo en mi regazo podrás dormir dichoso el sueño que no acaba... ¡Vuelve!

Y él tornará, rompiendo, aunque se destroce el corazón, la raigambre de los nuevos afectos. ¡Ved cuánto debe Vizcaya a su poeta!

Mas, para que este homenaje no sea tan solo una pompa estéril, para que manifestación tan unánime y sentida dé fruto bendito para Vizcaya, es preciso que, estimulado por el espectáculo de tanta grandeza, surja el nuevo cantor de glorias siempre renovadas. ¡Haga Dios que en el polvo del poeta muerto, arraigue el germen de nuestro poeta futuro!

¡Porque, no lo dudéis, un pueblo sin poeta es cuerpo sin voz, apagado, muerto.

Pasan las generaciones y se desvanecen sin rumor en el callado olvido, como legión de sombras, si un poeta inmortal no graba en eternas estrofas diamantinas los íntimos anhelos de su raza. Por eso los pueblos aman a su poeta nacional como a bendición de Dios,

¡Ah! No basta para merecer tal nombre entonar en solitaria torre de marfil rimas sonoras. Es forzoso que el ungido por la eternal Belleza, consagre el alma toda a su país; que comparta sus afanes, que celebre sus triunfos, que lllore con lágrimas verdaderas sus desastres. Es preciso que en su sensibilidad exquisita y en su corazón apasionado, encuentren eco todos los acentos del humano dolor; que su voz sea, para su pueblo, caricia que reconforta, bálsamo que cura, faro que ilumina.

Sólo entonces el pueblo amará con ferviente amor al que tiene por suyo en vida y muerte; sólo entonces consagrará gratitud sin límites al que sabe ennoblecer sus alegrías y dulcificar, al compartirlas, sus pesadumbres.

Hoy que Vasconia se junta en explosión de amor ante la tumba del poeta que nos robó la muerte, ¡cantad para ella los que hayáis recibido del cielo el inefable don de la poesía! No temáis que vuestra voz se apague sin eco entre el estruendo de la lucha. Ya veis que en nuestras montañas no se ha secado el laurel.

¿Teméis no hallar entre nosotros asuntos dignos de vuestro canto? Descendientes de heroicos conquistadores ¿no encon-

tráis en la generación actual héroes anónimos que merezcan el galardón supremo de vuestras alabanzas?

¡Ah! No mostréis hacia nuestros hermanos tan injusto desdén. Nunca como ahora ha derrochado nuestra raza fuerza y valor, en lucha con la domada Naturaleza.

¡Cantad a nuestros mineros! Esos ejércitos de hormigas rojas que se encarnizan en los roídos flancos de nuestras montañas y desgarran a barrenazos la tierra, que parece sangrar bajo sus golpes, dan al mundo el hincapié que le vigoriza. ¡Benedicid su labor!

¡Cantad las chimeneas que empañan el cielo con sus torrentes de humo! En los candentes hornos, forjará la Industria buques, máquinas, arados...; cañones, si España los necesite; todo, menos cadenas que cohiban la honrada libertad del hombre.

¡Cantad a nuestros marinos! En nada ceden a los legendarios descubridores de mundos que, al desflorar con sus frágiles quillas mares vírgenes de estelas, veían cada noche aparecer en el cielo constelaciones nuevas. Grandes fueron, sí, al desafiar el misterio con alientos de gigante. Pero, ¿hay riesgo comparable a los que hemos visto desafiar a nuestros épicos náuticas, surcando entre tinieblas mares sin faros, que la guerra sembraba de minas y erizaba de submarinos? Escollos mil veces más temerosos que los que amedrentaron a los compañeros de Ulises, porque estos avanzan, vomitando la muerte, sin que la espuma los denuncie, ni la carta los señale.

¡Benedicid su valor! Con impavidez sencilla, acreciendo cada instante la teoría sin fin de nuestros mártires del trabajo, ellos, yendo y viniendo como lanzadera infatigable, han tejido el manto de la riqueza, legítimo orgullo de nuestro país.

¡Ved, poetas, si os faltan héroes que cantar!

Mas, todavía os aguarda en los trágicos momentos que vivimos labor más bienhechora y más difícil.

Hoy que los conflictos sociales enardecen y avasallan los espíritus con el triste y ciego furor que arma el brazo del hombre contra el hombre; hoy que, en amarga lucha de clases, hondo abismo separa a los opuestos bandos que se contemplan con implacable saña ¡que útiles serían la voz apaciguante y la bondad contagiosa del popular poeta que lloramos!

Cuando la insurrección cantonal desangraba y deshonraba a España, Trueba desahogó su corazón en una fábula campesina, en la que reciamente fustiga la falsa libertad. Allí mismo proclama su amor ardiente a la verdadera. La que aborrece es la furia, desgredada por el motín y enronquecida por los tumultos, que arrastra por todos los lodazales su túnica hecha andrajos. Ama la que amamos todos: la santa Libertad, hermana del orden, celosa de sus derechos, consciente de sus deberes, que avanza majestuosa apoyada en la Ley.

Trueba no conoce la ira: al escuchar los feroces alaridos de las turbas, no se indigna; compadece.

Víctor Hugo ha dicho: «Comprenderlo todo, sería perdonarlo todo».

Y Trueba, que todo lo comprende y todo lo perdona, lanza como protesta ante aquel incendio que devora a España, una fábula de sin par hermosura.

¿Qué diría si hoy alentase entre nosotros? ¿Qué apólogo, rebuscante de caridad y amor, saldría de los labios de aquel hombre bueno y sencillo?

Le hemos acompañado al lugar donde dormirá sueño de gloria, muy cerca del sitio en que su estatua parece escuchar sonriendo a los niños que juegan, como si buscarse entre ellos al poeta continuador de su obra.

Sobre el sepulcro, un cisne moribundo lanza su último canto...

¿Cuál sería, si Trueba reapareciese entre nosotros, el canto del cisne de aquel dulce poeta?

Dejadme imaginarlo.

¡Qué profunda su pena, al contemplar los dos ejércitos que se aprestan a una lucha sin esperanzas de paz ni de victoria!

En los negros pendones, lee con espanto una palabra de desesperación:

—¡Irreconciliables...!

¿Irreconciliables? El poeta de la fraternidad no concibe esa idea; más aún, la declara absurda y odiosa.

Y de sus labios fluye este apólogo, que es a la vez protesta y ruego.

Desde que el mundo existe, han combatido en él dos elementos irreconciliables. Cuando se quiere definir una oposición total e irreductible, para designar una lucha en la que no caben treguas ni conciertos, se acude siempre a este símil:

—¡Son el Agua y el Fuego!

¡Qué gran verdad! El Agua y el Fuego siempre en guerra. Siempre el Agua apagando los incendios; siempre el Sol secando los manantiales...

Incompatibles; pero ¡indispensables!

¿Un mundo sin Agua...? ¡Desierto sin verdor, sin vida, árido, calcinado!

¿Un mundo que el Sol no acaricia...? ¡Inmensa tumba helada!

Así, en tal lucha no cabe la victoria definitiva de uno cualquiera de los dos elementos. Triunfo que represente la muerte de uno de ellos, sería una desolación.

Pero, entre los dos irreconciliables medió el genio del Hombre. El supo juntar en la caldera el Agua, fría y serena como la razón y el Fuego, ardiente como el entusiasmo. A los besos de la llama hirvió la linfa pura y de aquel abrazo de los dos irreconciliables nació el Vapor... ¡el rey del mundo!

¿Por qué no ha de repetirse ese prodigio? ¿Han de vivir siempre aislados por el recelo, la razón, que inspira y dirige los esfuerzos y el brio trabajador que los realiza? ¿No han de laborar hermanados, el músculo vigoroso, ejecutor de todas las proezas de la industria, con la idea fecunda, que inicia y calcula y orienta y encamina? ¿Qué pueden el uno sin el otro, ¡el Pensamiento y la Acción?

Nunca como hoy se ofreció al esfuerzo humano labor tan bienhechora y urgente. Naciones enteras, hambrientas y desesperadas, tienden sus brazos hacia las campiñas, hacia los talleres, donde han de hallar alivio sus sufrimientos, satisfacción sus necesidades angustiosas.

Ha sonado la hora en que, grandes y pequeños, debemos sacrificar los personales intereses ante el interés sagrado de la Humanidad; hay que inmolar rencores y arrogancias en aras de la disciplina social; hay que obedecer a Leyes de mutuos respeto y amor, para alcanzar por premio ese paz espiritual, madre del trabajo ordenado y fecundo.

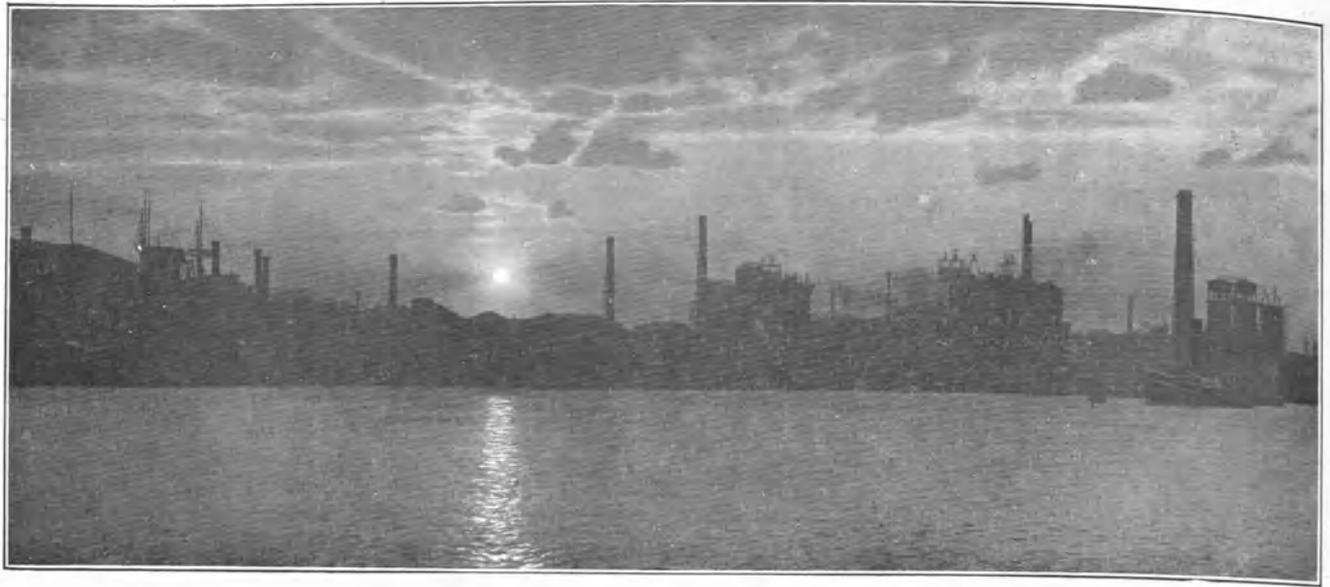
Si el Agua y el Fuego engendraron el Vapor, que ha cambiado la faz de la tierra, ¿qué engendrarán al abrazarse reconciliados los claros raudales de la Inteligencia y el fuego generoso del Corazón?

Hacer que brille la aurora de ese día, el más grande en la historia, debe ser tenaz propósito de todos los trabajadores, aspiración de todos los patriotas, ensueño de todos los poetas...

Este ruego entrañable hubiera palpitado con sencilla elocuencia, con sinceridad conmovedora, con ansia infinita, en el canto del cisne de aquel hombre bueno, de aquel íntimo poeta de su raza, que con filial amor llamamos entre nosotros «Antón el de los Cantares».

JUAN ARZADUN





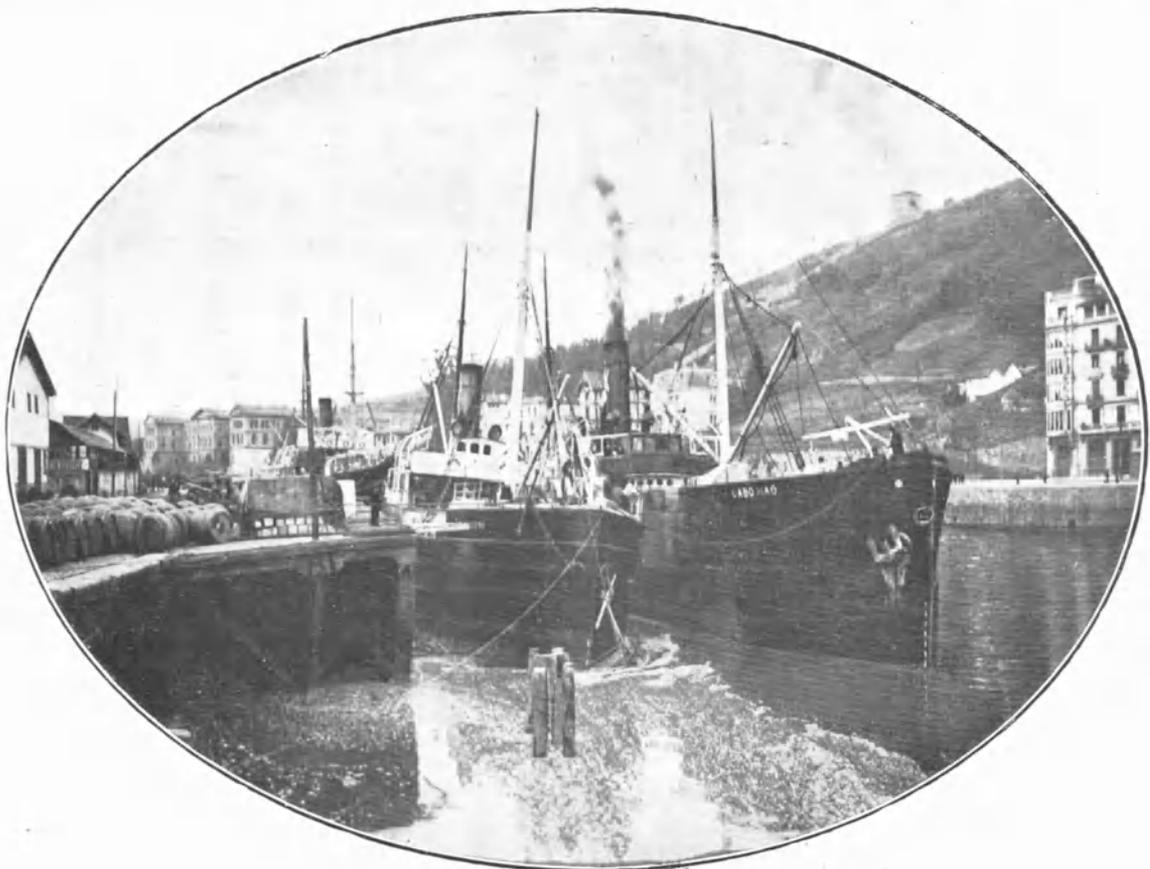
Siluetas de Altos Hornos al atardecer

La Industria y las Fábricas de Bilbao

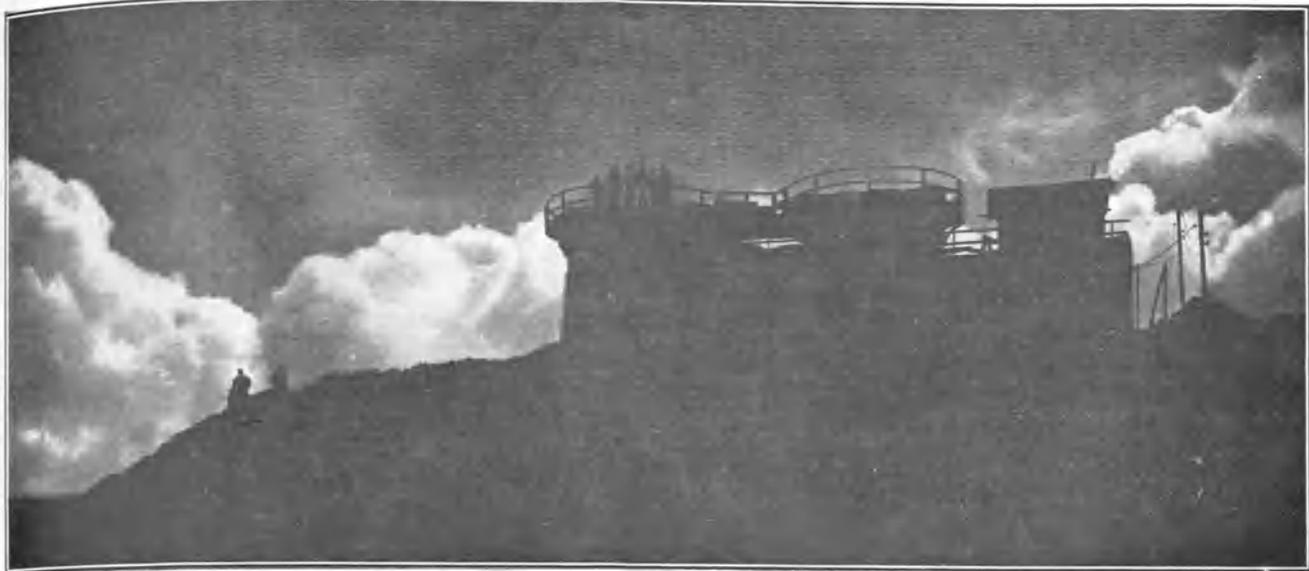
Siempre ha sido Bilbao una ciudad esencialmente industrial. Esto se debe en parte a su situación geográfica. Colocada en la desembocadura de la ría del Nervión hace esto de ella algo comparable con Londres o con Hamburgo. El mismo carácter de sus habitantes, dados a las especulaciones de la industria y ávidos de conocer las rutas marítimas, ha hecho siempre de este pueblo uno de los más

capaces de España para las especulaciones comerciales e industriales.

Durante estos últimos años los progresos de Bilbao han sido inmensos. Hoy día en los astilleros de la Constructora Naval y Eskalduna se construyen barcos de gran tonelaje; el espectáculo que ofrece la ría del Nervión al viajero que por vez primera llega a Bilbao es incomparable y grande-



Detalle de la ría

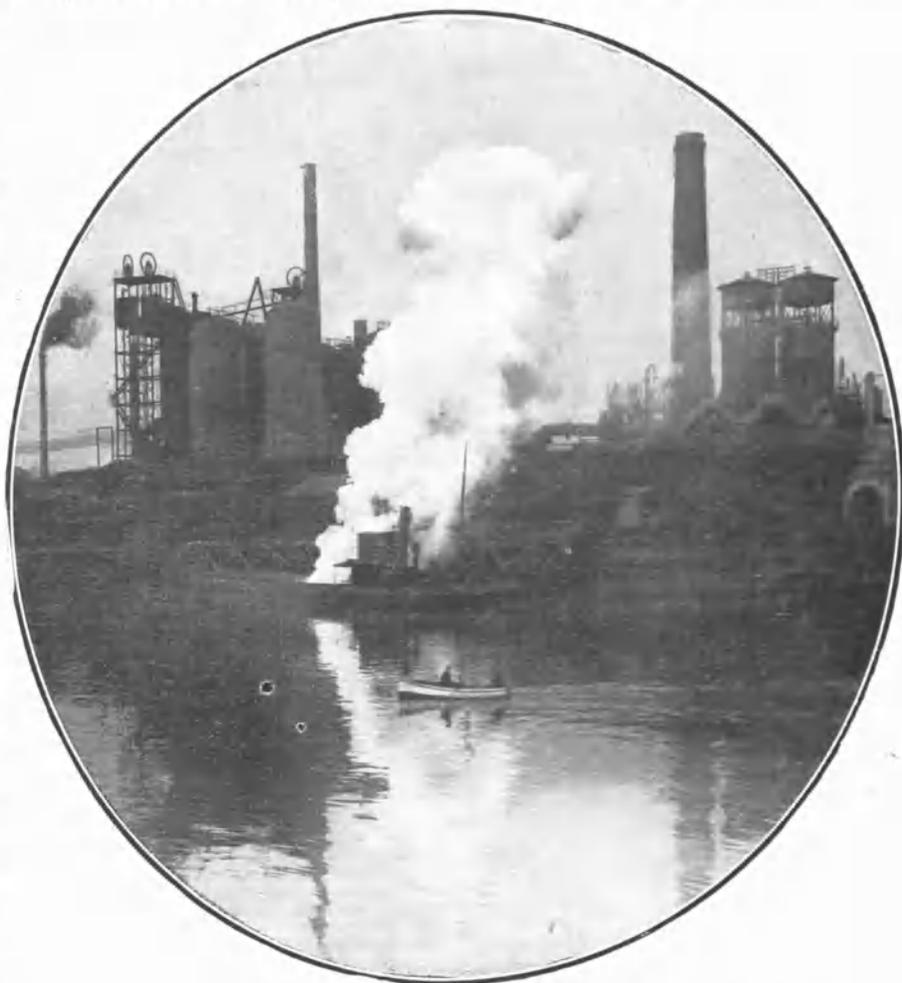


Horno de calcinación de mineral de hierro

mente optimista para el porvenir de la industria española; aquellos bosques de mástiles, aquellas chimeneas constantemente lanzando humo al cielo gris norteño, las fogaradas que en los atardeceres despiden los altos hornos, hacen pensar en uno de esos centros industriales de primera magnitud.

En Bilbao la industria ha tenido su principal impulsor en el mineral de hierro. Las riquísimas minas que hay en sus alrededores y las facilidades que encuentra el mineral para ser transportado, había de ser necesariamente un factor de gran influencia en el desarrollo de la industria. Hay, desde luego, que tener en cuenta, que el carácter vasco ha influido mucho en la prosperidad de Bilbao. Su colaboración con el medio ha sido perfecta. El vasco es por idiosincracia emprendedor y comerciante; estas cualidades no significan que se halle desprovisto de idealismos; muy al contrario, los grandes negocios hoy día, al abarcar proporciones insospechadas en pasados tiempos, necesitan en quien los emprende una capacidad de imaginación enorme y en cierto modo un desprendimiento y un deseo de triunfar por triunfar sin ulteriores consecuencias materiales que dicen bien a las claras que en el vasco se alían las dos cualidades esenciales y motoras para triunfar en la vida: el sentido práctico unido a la capacidad creadora e imaginativa.

Las enconadas luchas sociales entabladas en estos últimos tiempos han perjudicado mucho la industria bilbaína; estas constantes huelgas, estos odios entre patronos y obreros, creemos tendrán un fin armónico y favorable para el porvenir de la industria de Vizcaya, siempre que estos hombres que han tenido la voluntad férrea para vencer en los negocios encuentren en su alma un eco para las puras doctrinas sociales de Cristo en las cuales ha de inspirarse hoy toda armonía social.



Un apunte de Altos Hornos

(Fots. Lux)



Hospital Victoria Eugenia.—Sentada, *Condesa de Zubiría, Presidenta*; de pie centro, *Serafina Longa de Soltura, Tesorera*; izquierda, *Justa Castellón y Mac-Mahon, Secretaria*; derecha, *Doctor Marcelo Díez, Director*

LA BENEFICENCIA EN BILBAO

EL HOSPITAL VICTORIA EUGENIA Y LA CRUZ ROJA ESPAÑOLA

Un año hace se inauguró este Centro.

Dejando fechas atrasadas que alargarian nuestro relato, vamos, no a haceros la historia de la Cruz Roja, puesto que todos sabéis es esta una Asociación universal, cuyas ramas, al extenderse, han fecundizado al mundo entero.

Y el hecho de estar en España presidida y patrocinada por S. M. la Reina (q. D. g.) nos excusa el hablaros hoy de su fundación y desenvolvimiento en nuestra patria, ya que el regío favor dispensado al Instituto es la mejor apología de la Cruz Roja Española.

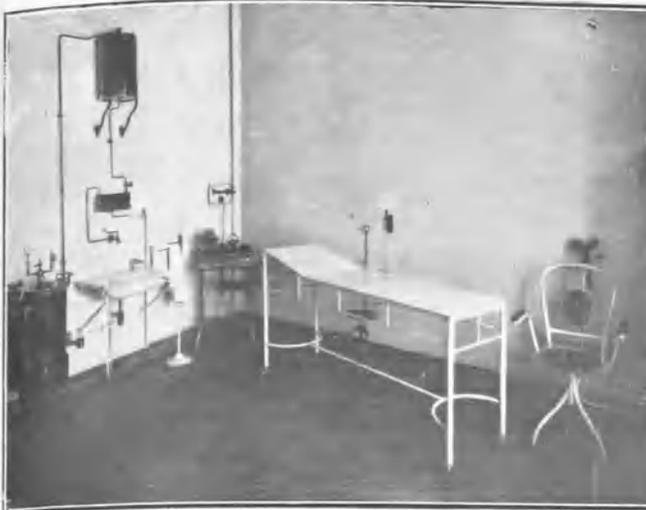
Así, pues, vamos a presentaros esta sección de ella en Bilbao, en el día en que puesta ya en la Presidencia la Excm. Señora Condesa de Zubiría, y nombrado Director del Hospital que iba a fundarse el Doctor D. Marcelo Díez, comenzaron las clases teóricas, dirigidas por el mismo señor director, las alumnas que después formarán la primera promoción de Damas enfermeras de la Cruz Roja Española de Bilbao.

Sabía la Junta del Hospital, completada por la tesorera doña

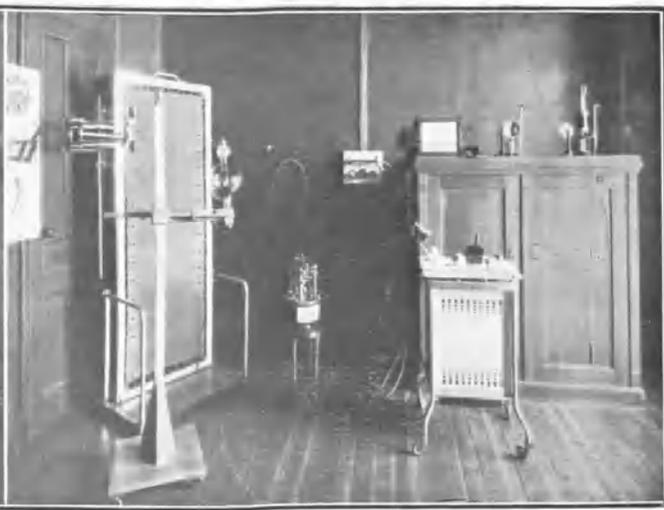
Serafina Longa de Soltura y la secretaria señorita Justa Castellón, la necesidad de que al terminar estos estudios se cursara el año práctico, puesto que la finalidad de esta institución es instruir, educar y formar a sus asociadas en el trato debido a los enfermos, ya que su misión consiste en ser auxiliares científicos del médico, y puestas a las órdenes del designado para jefe suyo. cuente éste, en los casos necesarios, con un cuerpo constituido, apto y consciente de sus obligaciones, con el que pueda acudir, no donde la fantasía o la opinión las impulse, sino donde la necesidad y disciplina lo ordene.

En la adquisición de local, tropezamos, no solamente con las dificultades creadas por la escasez de éstos, sino también con las que se temían por la índole de la instalación proyectada.

Pero vencidas unas y otras, la Junta adquirió la casa número 1 de la calle Particular de Allende, la que, si bien es verdad, reúne dimensiones sumamente pequeñas, era cuanto necesitábamos para dar el primer paso en la fundación de este



Dispensario Ledo.—Una sala de reconocimiento



Dispensario Ledo.—Radiografía

Hospital-Escuela y presentar en Bilbao esta idea completamente nueva, que como fundación y como nueva, vino con su cortejo inevitable de prejuicios, dificultades y trabajos.

Ya comprenderéis que por muy modestas que fueran nuestras pretensiones, había que poner la casa con todas las condiciones que la higiene y la ciencia exigían; así pues, tanto en las obras de reforma de local, cuartos de operaciones y de curas, dormitorios para enfermos y demás dependencias, se invirtió un total de pesetas 24.417.

Lo concerniente a medicina, instrumental de cirugía, esterilización, laboratorio y desinfección, importó un total de pesetas 12.276.

Y la instalación de agua, gas, luz, mobiliario, ropa, etc., etcétera, alcanzó un total de pesetas 6.894.

Acabadas las obras, y terminadas las instalaciones debidas, el día 28 de Julio de 1919 se inauguró oficialmente el Hospital Victoria Eugenia, y en acta que conservamos agradecidas, constan los nombres de las autoridades eclesiásticas, civiles y militares, invitados y representantes de la prensa que asistieron al acto.

Los tres días que faltaban para el 1.º de Agosto, que era el

designado para empezar los trabajos, los dedicamos a la organización de los servicios médicos, que están hoy perfectamente constituidos.

La asistencia en total asciende a 13.432 enfermos, sin contar las operaciones, análisis, etc., etc., que forman parte de la asistencia misma.

Para nosotros es una satisfacción muy grande saber que en Bilbao esta rama tan principal de la Cruz Roja vuelve otra vez a formarse, y ya se trabaja y gestiona su reorganización.

Hoy día miramos con satisfacción y alegría la labor ya realizada, sin recelos ni temores las obligaciones adquiridas.

Y sin que se achaque a orgullo o presunción de nuestra parte, podemos esperar con confianza que sabremos siempre llenar nuestros deberes, ya que éstos son sólo aquéllos que la caridad impone y el patriotismo exige.

Y para conculcarlos o suprimirlos, tendríamos que olvidarnos que la Cruz —que es nuestra insignia— al alzarse por primera vez, y ya desde entonces Roja en la sangre de un Dios, nos hablaba únicamente de amor, de caridad, de abnegación...

JUSTA CASTELLON Y MAC-MAHON



Vista exterior.



Dibujo de A. Vivanco.

LA BOINA



CUÁN MISTERIOSO SU REINADO EMPIEZA
si al clamor del unánime saludo
la casta y melancólica belleza
al ceñirse la boina en la cabeza
la aceptó por diadema y por escudo.

Símbolo santo del deber, abraza
el nimbo de oro de sus puras sienes,
y así su nombre y su destino enlaza
a las luchas supremas de una raza
que le ofrece el postrero de sus bienes.

En el recio combate sin reposo
a que fué su existencia sometida
fué la boina su símbolo glorioso
y al sucumbir inerte ante el coloso,
se bañó con la sangre de la herida.

Hoy de infortunio y de rubor cubierta,
soporta la borrasca y el ultraje
la triste raza que a curar no acierta
el hondo surco de su llaga abierta
mientras llora proscrito su homenaje.

De la suerte a los pérfidos antojos
resiste la esperanza, porque anida
como el ave viajera en los abrojos
y fecunda en el llanto de sus ojos,
renace como el fénix a la vida.

Vive de aquella Fe que al mundo asombra,
de aquel amor heroico que se calla
como un misterio y que jamás se nombra;
el dolor en su frente es una sombra
recogida en el campo de batalla.

Nuncio quizá de albores halagüeños

que a tardas horas confió el destino,
tranquila noche de inmortales sueños
que goza en los alcázares sin dueños
fatigado y errante peregrino.

El resto de su indómita constancia
contempla muda de estupor la suerte...;
¡aún el Roble con póstuma arrogancia
sacude en el recinto de su estancia
sus brazos ateridos por la muerte...!

Si con el mundo y la traición en guerra
sucumbe la virtud o el heroísmo,
la paz vuela a su tumba ¡allí se encierra
tras un surco de lágrimas! no hay tierra
para llenar el fondo del abismo.

El ósculo traidor fuera en su frente
estigma odioso de insondable duelo;
esa marca que dura eternamente
sella el dolor y enturbia la corriente
de las razas malditas por el Cielo;

Porque el amor sin gloria y sin frontera,
imagen pura de la Fe enlutada
que inerte lucha y que vencida espera,
ha ceñido la Cruz con su bandera,
con su sagrado código la espada.

Nació para gozar albas serenas,
alzar pendones o vestir de luto;
ceñir laureles o arrastrar cadenas...
¡No a derramar la sangre de sus venas
para regar los árboles sin fruto!

FRANCISCO ITURRIBARRIA †



HOMENAJE *~ ~*

A

ORTEGA MUNILLA



No hace mucho tuvimos que dar cuenta en nuestra Revista, del gran triunfo alcanzado en Salamanca por el ilustre Ricardo León. Poco después dimos cuenta de los brillantísimos actos celebrados en Asturias en honor de nuestro insigne colaborador Don Armando Palacio Valdés. Y hoy tenemos que recoger también en estas páginas la noticia del homenaje que el benemérito Cuerpo de Correos dedica al glorioso escritor D. José Ortega Munilla, entrañable compañero nuestro, que en todos los números de *VOLUNTAD* vierte a raudales la lozania de su ingenio y el inagotable encanto de su prosa. Ayer fueron los sacerdotes españoles, los pobres curas de aldea, quienes llenos de gratitud por las nobles campañas del maestro del periodismo español, dedicáronle el fervoroso homenaje de su admiración y su afecto. Hoy son los empleados de Correos quienes guiados del mismo impulso van a demostrar al Sr. Ortega Munilla que no olvidan su patriótica y brillantísima obra en favor del servicio de Comunicaciones y en pro de los empleados de dicho Cuerpo. La pluma incansable del

Sr. Ortega Munilla ha sido siempre y continúa siéndolo, por fortuna para todos, noble y briosa defensora de todas las causas nobles y de todos los altos pensamientos. Dificilmente se encontrará en España un escritor que cuente con más rendidos afectos y con más fervientes simpatías. Y es por eso. Porque a la brillantez de su arte para expresar las ideas, une el entusiasmo que pone en la defensa constante de los ideales más puros. Esa admiración y ese cariño que el Sr. Ortega Munilla ha sabido conquistarse, es el triunfo mejor a que debe aspirar un periodista. Si esto es difícil en estos tiempos de materialismo y prevaricación vergonzosa y vergonzante, más difícil y admirable es conservar ese

prestigio tan noblemente ganado y sostener, día tras día, esas grandes virtudes fortaleciéndolas y aumentándolas a través de una vida ejemplar llena de sacrificios y dedicada por entero a la brillante defensa de la Justicia y de la Moral. Eso es lo que vale y eso es lo que *VOLUNTAD* admira más que nada en este viejo y glorioso periodista, lleno siempre de brío juvenil para el trabajo y siempre experto y noble paladín de todas las causas justas.



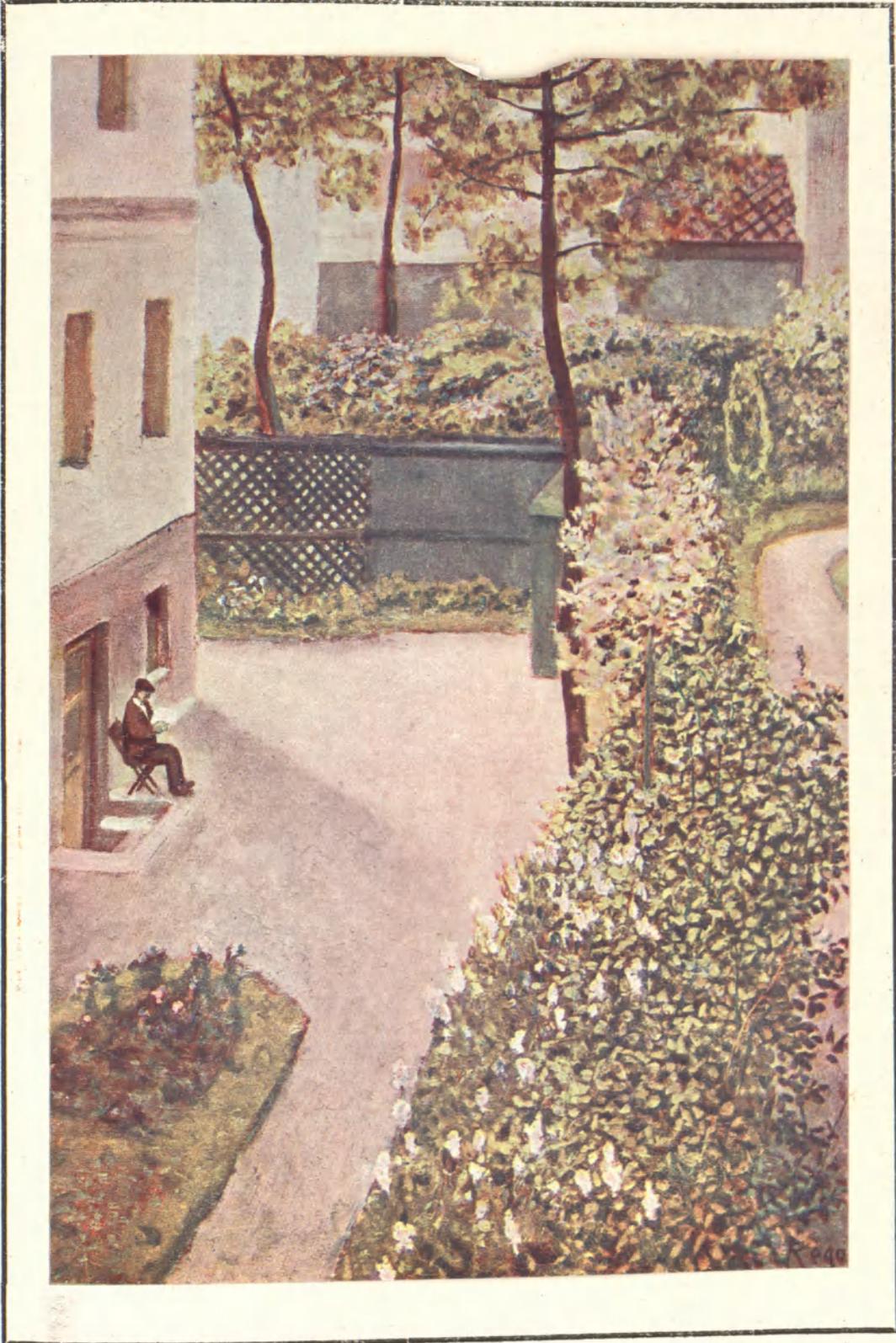


—Tú, Chomin, ¿ya harías eso que hace el saltabancos?
—A la fuerza ya haría.

AÑO
II

VOLUNTAD

NUM.
20



JARDIN EN ALGORTA

(CUADRO DE REGOYOS)



LO POLÍTICO Y LO SOCIAL



CUANDO LOS PUEBLOS necesitados pedían pan, gentes que se ofrecían por representantes y portavoces suyos, comenzaron a darles libertad y democracia. Era esto allá en los tiempos remotos de las revoluciones políticas... Creíase entonces en los Poderes absolutos con un absoluto despotismo. Creíase entonces en la omnipotencia del Estado. Y que la única forma de actuar que el Estado tiene es el Gobierno, el Poder, por consecuencia omnipotente. Tener el Gobierno era tenerlo todo y poderlo todo; carecer de él era no poseer nada, ni a sí mismo, como el esclavo.

Creíase también que la soberanía y el Gobierno, que es su actuación, pertenece al pueblo, a la multitud, por derecho propio. Y se creía más aún: hasta llegaba a creerse que la turba, la muchedumbre inorgánica podría ejercer la soberanía y disponer del Gobierno mediante el voto, un voto político indistinto, inculificado...

¿Que el pueblo tiene hambre? ¿Que la agricultura, lejos de progresar, languidece? ¿Que la industria no se desarrolla? ¿Que la enseñanza está mal? ¿Y la seguridad personal peor? ¿Y no muy bien la justicia? ¿Y las relaciones familiares imperfectamente reguladas? ¿Y la clase media descompuesta? ¿Y la aristocracia olvidada de sus funciones...? Nada, nada; no tenéis que preocuparos en exigir del Poder que ponga remedio a estas cosas. Pedid una tan sólo: el Poder mismo. Menos aún; pedid el

voto y seréis omnipotentes. Y todo lo demás se os dará por añadidura.

Así se discurría en aquellos tiempos remotos... Y los pueblos hicieron la experiencia, pertinaz, obcecada, heroica. Y esa experiencia comenzó a dar grandes voces: Que ni el voto de una muchedumbre amorfa pone en sus manos el Poder; ni el Poder es omnipotente; ni es ejercido mejor cuando está en manos de una (aparente) muchedumbre; ni es, siquiera, el camino del voto el más corto ni el más eficaz para influir; ni tiene, siquiera, la masa más garantía de acierto cuando ella a sí misma se gobierna...

Hubo algunos que entendieron estas voces. Y hasta las masas obreras sacudieron de sus blusas el polvo de la política, teniendo por más eficaz el obrar sobre la política desde fuera. Pero otros muchos no las entendieron; todavía no las entendieron. Y siguen creyendo en la onnipotencia del voto, con el cual, hasta los males ocultos, inconscientes, los que ni el enfermo se cuida de descubrir ni señalar, se remedian... ¡Dichosos ellos en su cándida esperanza!

Fué uno de los males del pasado siglo XIX: el haber exagerado la importancia de la política. De todo tenía la culpa el Gobierno, y del Gobierno había que esperar todo. Y para influir en el Gobierno no había más caminos aparentes que el de gobernar o el de votar.

Y la acción del Gobierno se la consideraba como una especie de *Tabou*, como una acción esotérica engendrada en el misterio, sin preparación ni causas visibles. Y se la miraba con terror supersticioso. Por eso llegaban a darse

leyes perniciosas que toda la nación reprobaba. Y se dejaban sin dar y sin cumplir otras provechosas que reclamaban muchas veces los más y los mejores. ¡Y esto con el llamado sufragio universal!

Pero es que esos principios no son verdaderos. No hay gobierno tan absoluto que lo sea del todo. Sobre todo cuando la nación, aun sin sufragios, adquiere conciencia de sí y de sus necesidades y de sus remedios, y en una u otra forma les da expresión decidida y categórica. Y cuando esto no ocurre, el sufragio es cosa vana, ilusión funesta, adormecedora...

Lo político es un factor ni el más poderoso ni el más independiente. Sólo es independiente y déspota, y estéril o dañino, cuando la nación, inconsciente y unida, se le entrega atada, como Lázaro, de pies y manos. La política suele andar al servicio de otras realidades poderosas que en torno suyo se levantan. Y estas realidades son o un sentimiento nacional decidido, preciso y claro, o una gran necesidad formulada concretamente, o un atrayente ideal, o... una gran ambición o una suma de ambiciosillos y pasiones pequeñas, cuando aquellas otras realidades faltan o no se hacen sentir, al menos.

En último término la política es un medio; y en la social está el principio y el fin. ¿Qué principio o realidad social os mueve?... ¿Con qué organización social contáis? ¿Qué mejoramientos sociales, claramente sentidos y formulados, y con los cuales estén concordados los ciudadanos suficientes para dar paso y fuerza a vuestra acción, buscáis?...

Porque esto es lo primero. La política es un arma; y las armas no deben manejarse a ciegas. Es un camino que puede llevar a un laberinto donde, andando y desandando, se pierdan y malgasten todas las energías.

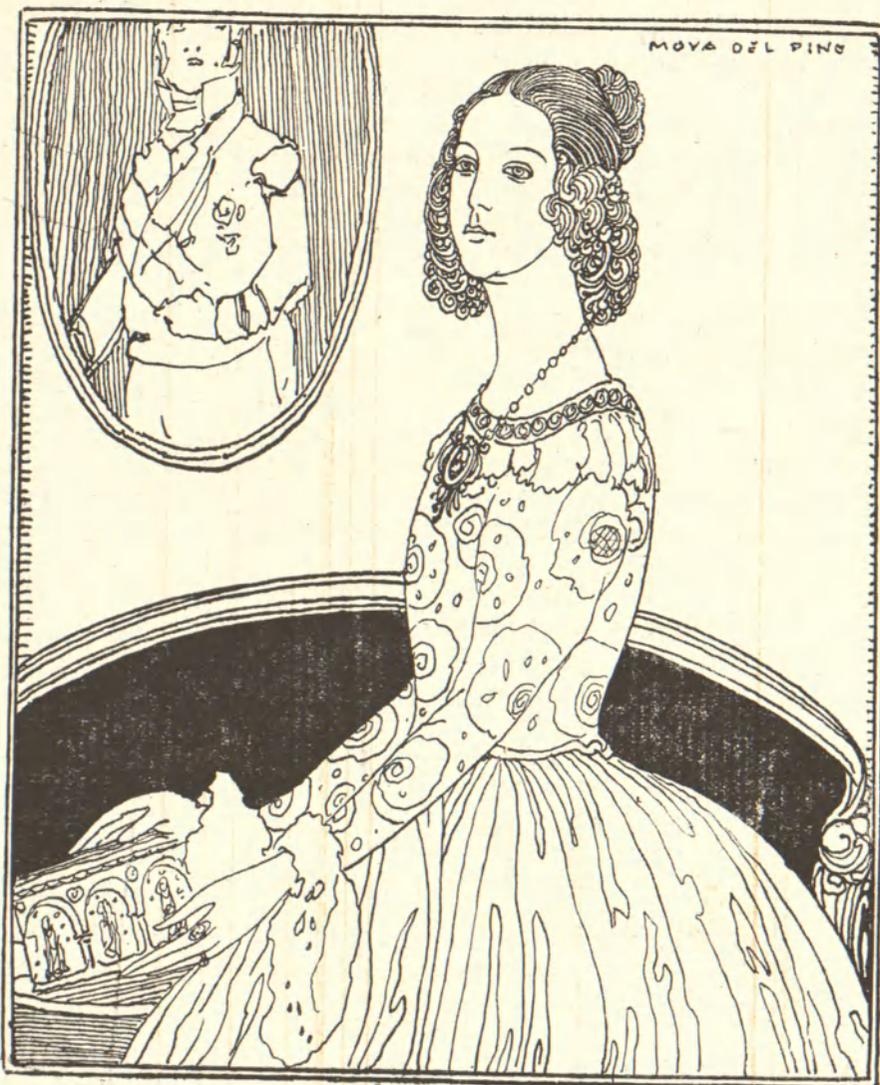
También hoy hay más masas que, como si salieran de un largo sueño, comienzan a pedir... a pedir algo, que acaso no saben ellas mismas en qué consiste. Y como concreción y medio para lograr ese algo indefinido que desean, renovando el error antiguo, piden algo político.

Son las masas femeninas. La mujer, al fin, parece ir despertando... en este sentido. Pero ¿sabéis, saben ellas mismas lo que piden? ¿Por ventura han formado entre sí opinión y logrado ponerse de acuerdo? ¿Es tan palmaria, tan concreta, tan precisa su necesidad, que está a la vista de todos y no necesita ser formulada siquiera? ¿A dónde quieren ir, al emprender ese viaje de la política?...

Porque el voto político, por sí mismo no es muy apetecible que digamos. Lo prueban las sanciones que en todas partes es preciso adoptar contra los que no votan. ¿Qué es entonces, en concreto, lo que se apetece y lo que por él se trata de conseguir?... ¿No será conveniente primero crear atmósfera, y antes de echarse a la mar, saber con qué rumbo nos embarcamos?...

FR. ALBINO G. MENENDEZ-REIGADA





Dibujo de Moya del Pino

DOÑA ROSA CHAVES SOTOMAYOR,
PAZOS, ORELLANA, ANDRADE
(1660-1725)

¡Alta y muy hermosa
era esta mi abuela
Doña Rosa Chaves de Sotomayor,
ella fué la rosa de mi parentela,
de mi parentela, ella fué la flor,
Rosa Rosalía ella fué la flor!

Tenía esta abuela, viejos pergaminos,
un viejo retrato, de un viejo Marqués,
con una leyenda de los Aretinos,
que se descifraba en mil desatinos
y un abanderado y noble pavés.
Un cofre de plata de claros zafiros,
un cabello de oro, de la Santa Inés
del Legado obtuvo sellados papiros
y cuando lo abría daba mil suspiros
y siempre lo abría mil veces al mes.

Un suave rosario, con sus cornerinas,
una ejecutoria con información
do hidalgos testigos con voces cansinas
y viejos más viejos que altivas encinas
sí..., no..., respondían a la indagación.

Tiene sobre todo esta bisabuela
Doña Rosa Chaves de Sotomayor
un libro de horas miniado en vitela
ofrenda a su casa del hábil Granvela,
que a Vísperas reza con santo fervor.

PRECES

¡Oh mi dulce abuela Doña Rosa Chaves,
Doña Rosa Chaves de Sotomayor
que cantas y rezas cual cantan las aves,
de tu eremitorio en doradas naves
piadosas cantigas anciana al Señor!

¡Dame aquel aroma de tu parentela,
dame aquel alisio de tu ingenuidad,
con aquel alisio, se hinchará mi vela
y en el mar dejando vencedora estela
llegaré a la tierra de inmortalidad!

¡Dame aquellos ojos para ver las cosas
santas de este mundo y su religión,
convierte los vicios de la carne en rosas
ante Dios mis piedras, convierte en preciosas
y un puro diamante sea el corazón!

¡Pon entre mis labios mieles de oraciones,
pon en mis amores el oro y la miel,
da cauce de plata a mis intenciones,
y el fuego que llaga de humanas pasiones
haz fuego de amores ante tu dintel!

¡Alta y muy hermosa
era esta mi abuela,
Doña Rosa Chaves de Sotomayor,
ella fué la Rosa de mi parentela,
de mi parentela, ella fué la flor,
Rosa Rosalía ella fué la flor.

FERNANDO DE LA QUADRA SALCEDO
(Poesía de *El Libro de mis Abuelas*, en prensa).



Año 1552

HERÁLDICA DE BILBAO



SE COMPONE LA HERÁLDICA de dos partes principales: el escudo y los blasones. El escudo es el campo o espacio en donde se pinta o graban las armas (blasones).

En síntesis, la heráldica entra en el orden de la nobleza y de la virtud, las que son sinónimas; en el vicioso y plebeyo lo son semejantes.

Los hombres pueden considerarse en tres clasificaciones: primera, por excelencia nobles, aquellos que son nobles con títulos y blasones; segunda, de nobles sin blasones que se llaman pueblo, y tercera, de los no nobles, de los innobles, de los viciosos, los que constituyen la plebe o clase plebeya.

El noble sin valor ni virtud que se pavonea con los blasones de sus ascendientes, deja de ser noble, es un hombre vulgar y pasa

a ser plebeyo; al contrario, aquel de humilde posición, se hace verdaderamente noble por sus virtudes y valentías.

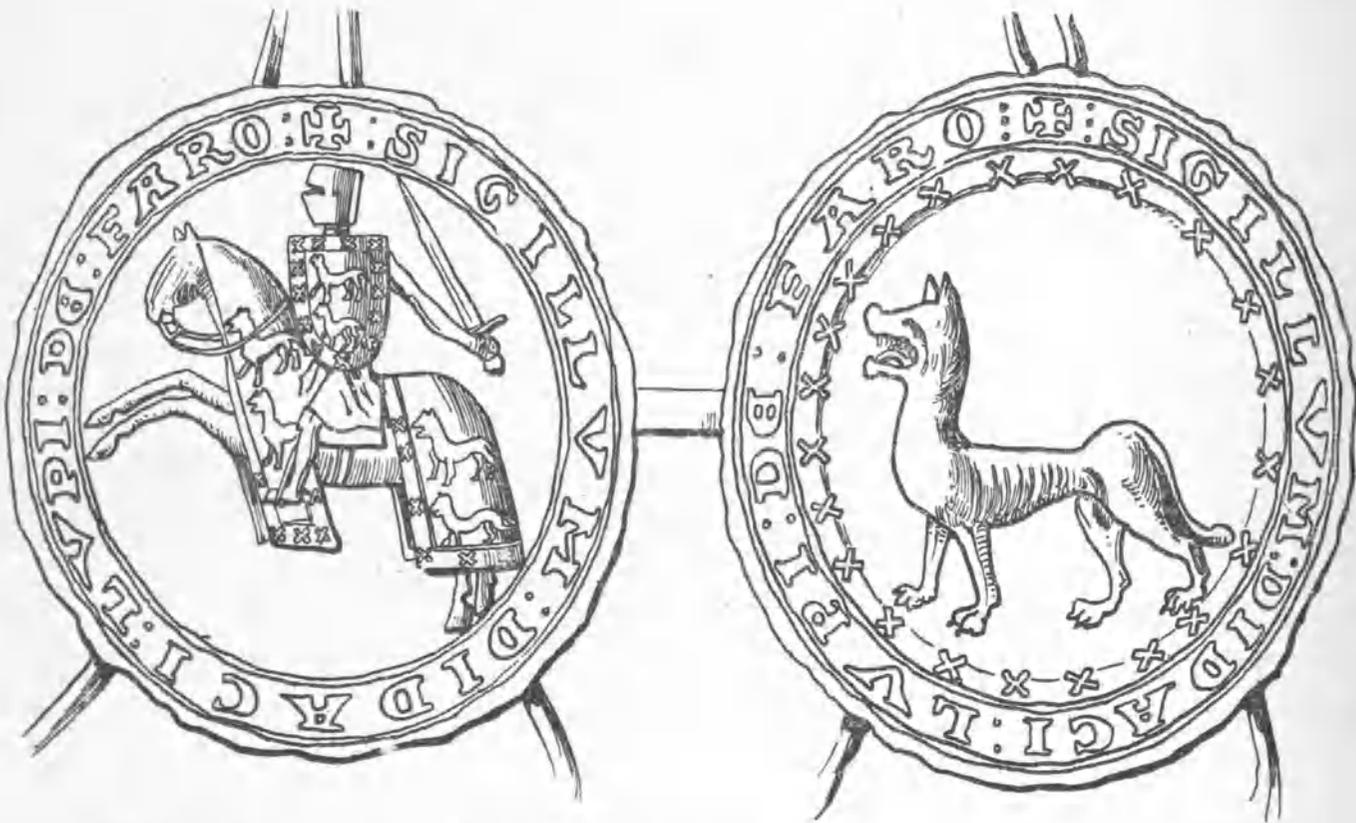
El noble que mira con desdén al pueblo y el hombre del pueblo que se revela contra la nobleza hollando sus merecimientos, los dos son injustos, cometen un desacato a la virtud y se tornan unos y otros, con apariencias de nobles, en bajos y plebeyos.

Por lo tanto, la ciencia de la heráldica no es un puro entretenimiento para halagar el orgullo o vanidad de los nobles... ¡no!... es ciencia útil, fundada para el respeto y admiración de los hombres y pueblos nobles.

La heráldica de Bilbao tiene de hecho el derecho del blasón, el cual voy a reseñar y manifiesto no debe confundirse con el del Consulado ni con el de la Provincia.

Los componentes del escudo de Bilbao han sido siempre: un distintivo de localidad, lobos; una representación local, una torre; torre e iglesia; torre, iglesia, ventería y sólo iglesia; simbolismo de carácter, un puente con dos ojos o tres.

El distintivo de la localidad figura dos lobos como linaje de



Sello Cereo de D^o DIEGO LOPE DE HARO, (Año 1277)

los señores de Vizcaya por su apellido Lope, en latín Lupus (lobos), están en el escudo sobre campo de plata (según Argota de Molina, «Nobleza de Andalucía», Sevilla 1588, libro I, folio 65). En algunos documentos, entre ellos uno de homenaje a un señor, manifiesta Henao haberlo visto en el archivo de Bermeo, como también el cronista heráldico, J. de Guerra, en sus versos dice tener solo un lobo en el escudo.

Estos testimonios prueban hubo un tiempo en que sólo figuraba el distintivo de localidad con un lobo. Pues si al linaje de los Lope pasaron al escudo, son, desde luego, dos; además, la casa de Vizcaya, en Brujas, y en la capilla de mercaderes, en el convento de San Francisco, de dicha ciudad, tienen en sus escudos dos lobos negros en campo de plata, por cuanto se refiere al del siglo xvi, porque después prosiguen campando dos lobos sin alterar las armas; exceptuando alguna variación en su colocación sobre las espaldas del puente en jefe o pasantes sin lugar fijado, pero entre la cimera del puente y el borde superior del escudo.

A partir del siglo xvi se encuentran los lobos que están a la diestra, imagen en rapantes, atravesando el campo con fiera muy visible, las garras ensangrentadas, las fauces que parecen más bien gatunos sobre el puente pasando recelosos. En algunos escudos, los lobos son alumbra-
brados, que en heráldica son aquellos que el ojo del animal es de otro esmalte al que tiene el cuerpo. El puente es la parte más característica del blasón, el que siempre ha figurado en todos los tiempos; su forma es variable: se muestra con mucha montea, o bien, tendido sin gran concavidad, con pretilos y rampantes lisos y esquinados con rudos matacanes cabeceros y ornamentados en el arranque del puente con leones, que serán los tenantes. El puente, unas veces ha figurado con dos ojos y otras con tres; este símbolo de carácter se ha atenido a la construcción, que, por las arriadas que ha sufrido la ciudad, ha dado lugar a la reconstrucción de él; épocas ha habido que ha tenido tres

ojos; de aquí, al hacerse el escudo, se tiene en cuenta figurarlo con los tres ojos del puente de San Antón, que, por conveniencia del curso de las aguas del Nervión en los años 1667 y siguientes (siglo xvii), y cuando de dos constaba el puente, dos figuraban también en este escudo.

La Torre (representación local); diversas opiniones existen del por qué de este simbolismo; yo creo más bien sea el torreón que existía en el Bado (Bilbao), y que por el hecho histórico de ser el refugio, a la vez que el encierro por espacio de tres meses de Galera Braba, D. Diego Lope de Haro, segundo de su nombre, señor de Vizcaya, que desatendió algunos privilegios de los Fueros vizcaínos, y éstos se revelaron contra él, por lo que D. Diego se vió obligado a refugiarse en el torreón, llenándose de tal ira que para poder salir de su encierro tuvo que jurar ante los vizcaínos haberse equivocado; este hecho histórico hace prever el por qué de figurar como blasón el histórico castillo o torre.

En tiempos del siglo xv, año 1455, se dió gran importancia a la iglesia de San Antón, que incorporaron su representación, aún a la ligera en principio, que figuraba casi oculta para no quitar la importancia de la torre o castillo; pero en el siglo xvi, ya no reparan los de entonces, en hacer resaltar como blasón único, de representación local, la torre de la iglesia, desapareciendo definitivamente el castillo. Con el remate de la iglesia, suceden cambios

e igual de lo dicho con el puente; las variaciones de construcción eran transmitidas al escudo; que vemos algún tiempo muéstrase en torre y campanario sencillos; pero cuando se le colocó la vistosa Giralda, como remate de su torre, fué también figurada en el escudo. La torre de la iglesia muéstrase también con dos órdenes de campanas con las variantes dadas al capitel, linterna y cubierta de ella. En el pasar de los siglos xvii y xviii, señalando la torre del archivo, el arcoportada de la capilla de Arepiero y el consistorio que estaba pegante a la iglesia, todo pasó a figurar el escudo.

Por el año 1776 se aumentó otra torre a San Antón, y esta obra pasa también al escudo. Estos blasones son los más duraderos porque todavía existen en el escudo.

Durante los siglos xvi y xvii, épocas florecientes de la industria bilbaína, se creó el edificio «Rentería», donde se almacenaba la producción de hierro, que era fabricado en las diversas ferrerías de Vizcaya; para su venta, y siendo tan importante, se optó por figurarlo en uno de los cabeceros libres del puente, del escudo, que así se hizo para distinguirlos de los otros edificios.

La famosa «Rentería», administrada por el Consejo de Bilbao, se hallaba instalada en el arrabal de Bilbao la Vieja.

Este distintivo de representación local ha figurado en tiempos del siglo xviii; el remate de este edificio, unas veces era una cruz y a veces sin ella.

Todas las manifestaciones expuestas han sido las variantes que ha tenido con fundamento el escudo, si bien existe una importante variante en el elemento distintivo de la localidad, visto en un pergamino algo deteriorado, que se ha podido clasificar su heráldica.

Es del siglo xvi en sustitución de los lobos, aparece la figura de Santiago, conocida por Matamoros; representado, galopando sobre el puente, montado en caballo bello, con capa roja y flotando al viento, con la espada en alto y actitud de herir; el puente con montea, las aguas alborotadas, muéstrase la

«Rentería» de tejado apuntado; esto hállase en la parte diestra del escudo y a la siniestra, los dos altos torreones y una construcción menos pronunciada; el puente de dos ojos, el campo del escudo de plata y todo pintado con vistosos colorines y caprichos, ornamentada con rosas, labrequines y la imagen de la Virgen.

De tenantes, a veces pónense animales o figuras geométricas. De remate no tiene ninguno en tiempo antiguos; algún tiempo un casco y después úsase corona diversa, como ha podido observarse, lo mismo de marqués, duque y real; yo considero que la más indicada es la real, porque el Señorío de Vizcaya, pasó a la casa Real, por corresponder el derecho del señorío, en D. Juan, «año 1379» rey de Castilla y León, que desde entonces los reyes están obligados a ir a Guernica, a jurar los fueros de Vizcaya.

La forma del escudo es redondeada, llamada forma española.

La divisa es casi siempre «Bilbao», excepto el año 1552 siglo xvi, existió «Vilvao». Algunas veces se le añade el título de «ilustre» y a comienzos del siglo xv año 1475, el de «Muy noble villa» por disposición del Rey Don Fernando, por la nobleza y lealtad de los bilbaínos que demostraron los señores y vasallos a su reinado; también figuró el «Muy Leal» que le corresponde, como parte integrante que es Bilbao, del Señorío y posteriormente por los más gloriosos sitios 1885, figura «Heroica» y lue-



Siglo XVIII.



SIGLO XVI



SIGLO XVI



SIGLO XVIII

go, «Invicta», títulos bien ganados por los bilbaínos, y muy estimada por la Nación.

La Heráldica de Bilbao nos da a conocer que, en tiempos pretéritos, Bilbao fué grande por sus hechos históricos y comerciales (creador del famoso Consulado de Bilbao).

Actualmente, prosiguen sus grandezas porque poseen los dos puntales incommovibles para la prosperidad de nuestra muy

amada España; la caridad como lema de su sentir, y el trabajo, como norma de su vivir.

Luis LOPEZ SANTISTEBAN DE LEZO
Académico correspondiente de la Real Academia
Hispano-Americana.

Bilbao, 2, VIII, 1620.





Leyendas Medioevales Españolas

DON NUÑO SANCHO DE FINOJOSA



QUIENES HOY VISITEN LA HISTÓRICA Abadía de Silos, no sospecharán a buen seguro que hace ya más de setecientos años recibió cristiana sepultura en el campo de su clausura un caballero poderoso, honra y prez de la caballería de Alfonso VII el Emperador. Y aun menos sabrán los poéticos adornos con que la leyenda engalanó la

vida y muerte del guerrero. A recoger estos recuerdos vamos en el presente artículo, a sacar del olvido casi absoluto en que yace la historia de los caballeros Hinojosas, hoy desconocida, fuera de un corto círculo de eruditos y rebuscadores de noticias viejas.

Para ello hemos de seguir fielmente el texto de la leyenda conservado en un antiguo códice de la colección «Salazar», propiedad de la Academia de la Historia: el *H 18* (1). Contiénese en el, primeramente, la *Vida de Santo Domingo de Silos*, de Gonzalo de Berceo, y a continuación, y empezando en la misma columna en que aquélla termina, un fragmento en prosa en que se halla la tradición que voy a referirte, lector. Nada, pues, pongo de mi cosecha, salvo la forma; consta todo en ese manuscrito en que un anónimo amanuense del siglo XIV recogió, quizá de labios del pueblo, este relato, que, al parecer, procede, según Férotini (2), de algún cantar de gesta.

(1) Fr. Antonio de Yepes, en su *Crónica general de la Orden de San Benito...* (Valladolid), 1613, tomo IV, folios 380, v.º y siguientes), fué quien primero dió noticia de nuestra leyenda, refiriéndola con bastante detalle. Sólo copió palabra por palabra la visita de los caballeros al Santo Sepulcro. El obispo Sandoval, *Historia de los Reyes de Castilla y de León...* (folios 101 v.º—102 v.º de la edición de Pamplona, 1634, y tomo I, páginas 329 a 333 de la reimpresión de Madrid en 1792) la insertó íntegra y literalmente, así como en 1688 el P. Castro en el *Glorioso Thaumaturgo Español* (páginas 312-316). Todos lo hicieron, como es lógico, con algunas variantes.

(2) Acerca del autor de la leyenda vid. un interesante artículo que en 1902 publicó en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (tercera época, año VI, tomo VI, páginas 49-60) el erudito norteamericano y aficionado a las cosas de España, John D. Fitz-Gerald. Titúlase su estudio *Caballeros Hinojosas del siglo XII*, y en él se contienen casi cuantas noticias puedan interesar tocantes a nuestra leyenda.

En el reinado del Emperador Alfonso VII, vivía en Castilla, Don Nuño Sancho de Finojosa (hoy diríamos Hinojosa), poderoso «ricohome», Señor de setenta caballos, «bon guerrero de sus armas contra Moros e bon caçador de todos venados». Una vez que corría el monte con su gente, quiso Dios que se encontrase con lucida cabalgata mora. Marchaban en ella Aboadil, persona rica, de noble estirpe, y la bella Allifra, prometida suya. Numeroso cortejo, todo él desarmado por ser tiempo de paz les acompañaba, e iban a un lugar próximo donde debían celebrar las bodas de los novios. Mas no valió a los infieles tan pacífica intención, pues, según costumbre de aquel siglo, todos ellos y su impedimenta cayeron en poder de D. Nuño. El desgraciado Aboadil, al ver tan mal parada su fortuna, quiso comparecer ante el caudillo cristiano, a quien pidió con palabras nobles y sentidas que no le matasen ni deshonrasen, pues él era moro «de bon lugar que iba a fazer mis bodas con esta mora e si lo faces —añadió— tu lo veas, que tiempo verná que non te repintirás».

Finojosa que esto oyó, como buen caballero tuvo lástima de tamaña desventura, y envió recado al punto a Doña María Palacin, su mujer, para que los novios y el acompañamiento fuesen muy bien acogidos. Cumpliéronse fielmente tan hidalgas órdenes, y en la propia mansión de Don Nuño, espléndidamente alhajada, se celebraron las bodas, en las que hubo «mucho vino e muchas carnes»; levantáronse tabladados, y hasta se corrieron y lidiaron toros, de suerte que las fiestas duraron más de quince días. Tras esto, Don Nuño hizo que la gentil pareja y su acompañamiento volviesen a su lugar, no sin obsequiarles antes con vestidos muy honrados.

Pasó el tiempo, acabáronse las paces y se tornó a la secular lucha entre cristianos e infieles. Tocó en cierta ocasión a Don Nuño Sancho trabar batalla en los campos de Almenar con un moro muy poderoso. Fué durísima la pelea; unos y otros, dice el texto de la relación que vamos exponiendo, combatieron «muy afirmes e matandose e firriendose». A nuestro Don Nuño le cortaron el brazo derecho, y sus gentes rogáronle que se retirase de la lucha, más él replicó: «Non sera ansi, que fasta hoy me dixeron Nuño Sancho; de aqui adelante non quiero que me digan Nuño Manco». Y para más esforzar a los suyos comenzó a dar voces gritando: «Perit cavalleros, e moramos oy aqui por la fe de Nuestro Señor Ihesus Christo». Y con esto entrá-

ronse los castellanos por enmedio de las filas moras y se reanudó la pelea aun con mayor furia que antes, hasta que los sarracenos, cuyo número aumentaba, envolvieron a tan nobles combatientes. Quedaron allí sin vida Don Nuño Sancho y todos los suyos.

El mismo día de esta acción, cuenta la leyenda, que aparecieron las almas de Fiojosa y sus caballeros ante el Santo Sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo en Jerusalén. Un capellán español que había tratado anteriormente a nuestro héroe, fué quien primero advirtió su presencia y de ella dió al punto aviso al Patriarca, diciéndole cómo había llegado de Castilla gente principal. Formóse entonces muy solemne procesión que salió a recibir a los caballeros y todos juntos «entraron en la Iglesia e hicieron su oración»

en bon ataut cobierto de bon guadalmeçi con clavos de plata», lo cual concluido, cogió el cuerpo de Don Nuño y escoltándolo él personalmente y numeroso acompañamiento, fuéronse todos, junto con D.^a María Palacin a quien Aboadil informó de su desgracia, al célebre Monasterio de Santo Domingo de Silos, en cuyo campo claustral recibió Don Nuño Sancho de Fiojosa cristiano enterramiento. Y el moro, añade el manuscrito de la colección «Salazar», «fiçol façer muy onrrada sepultura, ansi como es oy en día por la onrra quel fiço a sus bodas».

Tal es la leyenda que queríamos referirte, lector. Hay en ella, como en otras muchas medioevales, un fondo de noble poesía que a los hijos de este prosaico siglo « nos en-



ante la venerada reliquia. Cuando los españoles hubieron terminado, desaparecieron milagrosamente. «E el Patriarca... embió a saber a Castilla esto como fué, e sopieron de cómo morieran en aquel día.» Así permitió Dios que tan cristianos paladines cumpliesen ya difuntos un voto que en vida habían hecho.

La noticia de la muerte heroica de Don Nuño Sancho llegó a oídos del moro Aboadil, que aún tenía muy presente la noble conducta de Fiojosa. Al punto partió con numeroso acompañamiento al campo de batalla de Almenar y buscando entre los cadáveres logró reconocer por la armadura el de nuestro héroe, que tenía el brazo diestro cortado. Hizolo amortajar con muy ricas telas «e metieronlo

canta y seduce. Nuestra imaginación gusta de representarse la emoción de aquellas rudas gentes de aldeas castellanas al oír de labios de un juglar tan poética leyenda. En torno del narrador se formaría por calles, plazas y mesones un grupo abigarrado y numeroso: hombres y mujeres, grandes y chicos, clérigos y seglares, nobles y villanos, gentes de armas y labradores. Todos seguirían con vivísimo interés las hazañas y aventuras de nuestro héroe, hasta que el juglar, dando ya fin a su relación, con voz pausada y cadenciosa, repitiese estas o parecidas palabras:

«dat nos del vino, si non tenedes dinero...»

JOAQUÍN GONZÁLEZ DE CASTEJÓN

(Dibujos de Moya del Pino.)

El corazón de Santa Teresa



EL DIA 27 DE AGOSTO HA CELEBRADO la Iglesia la Transverberación del Corazón de Santa Teresa. Fiesta de alto significado en la historia de la Santa Doctora y en los simbolismos de la religión siempre hondos y expresivos.

La sublime mujer angelical llevaba en su corazón una lum-

bre que ardía sin consumirse. Allí se quemaban olorosas flores, allí los sacrificios dulces de una vida que fué solo para adorar al Señor.

Ella había logrado lo que como suprema perfección perdía el Santo Padre a los hijos de Adán: que las entrañas carnales adquiriesen la pureza de lo espiritual, sin que el instinto dejara ni un ostiugo de maldad. Santa Teresa temía en sus dudas que no le fuera dable ofrecerse al Divino Esposo en la gracia completa, en la doncella ideal, de suerte que no hubiese en el cuerpo ni el alma cosa alguna que no fuese digna del obsequiado; por eso ella desfallecía en el dolor cuando el miedo a las contaminaciones de la tierra la antecogía. En fuerza de vigilancia logró la Santa la total limpieza. Fué como chorro de agua serena, como caudal transparente en el que se reflejaba la luz de los Cielos.

El corazón de Santa Teresa resultó, después de la prueba vencedora, fanal cristalino y diáfano por el que pasaban los sentimientos en desfile arcángelico, quereres de lo alto, anhelos de lo santísimo, amor sin límites al Creador, luz y más luz, destellos que traspasaban la materia y se expandían en torno a larga distancia en el espacio y en el tiempo.

Examinad con el anteojo de las observaciones físicas y psicológicas el corazón del hombre, del hombre pecador. Veréis cómo entra en él torrencialmente la sangre, sucia de maleficios. En ella va, como en el caudal de sangrosos ríos, el germen de las pasiones, el detritus de los ímpetus insanos, el veneno que destruye, el odio que mata, el orgullo satánico que esclaviza a quien lo experimenta, el ansia de las riquezas mal ganadas, los propósitos de venganza, en suma, el Infierno disuelto en el rojo líquido... Para que esa miseria se sane y se dignifique hay que luchar sin tregua, hay que oponer a cada intento perverso una intención buena. Y así aquel que merece la gracia, consigue la salud perfecta, la que se muestra en el amor a la Muerte, esperada con ansia de que llegue presto

por quien tiene ajustadas sus cuentas con el Supremo Arbitro de las sentencias sin apelación.

En Santa Teresa el corazón hablase trocado en flor alba, llena de bien olientes aromas. El surgía en cada hálito, él volaba en cada suspiro, él se derretía en cada oración, él se mezclaba con la tinta de la pluma sabia en cada párrafo... Por tal manera el corazón de Santa Teresa era y es... — porque la eternidad le mantiene en perdurancia infinita... — una estrella radiosa, la más bella de cuantas los ojos humanos divisan en las noches claras sobre el horizonte sideral de Castilla la Vieja, patria de la autora de las *Moradas*.

«Los Santos —ha dicho San Agustín— son enviados del Señor a los hombres y emisarios de los hombres a Dios... Cuando no merecemos llegar con la preza lo alto, ellos nos ayudan y nos valen...»

Una Santa, discípula de la Doctora de Avila, ha dicho que varias veces, en ocasión de tibiezas y de amarguras, ella vió el Corazón de su maestra flotando en la obscuridad de la capilla, como un fanal luciente. Los rayos que de él fluían, parecían buscar los labios orantes y recoger las palabras y levantarlas haciéndolas llegar al trono del Eterno.

La Santa dice:

«¡Oh, qué es ver un alma herida! Que digo, que se entiende de esta manera, que puede decir herida por tan excelente causa, y se ve claro que no movió ella por donde le viniese este amor, sino que del muy grande que el Señor la tiene, parece cayó de presto aquella centella en ella que la hace arder toda...»

En el año 1726 solicitó el Rey Católico que la fiesta de

la Transverberación se extendiese de los templos carmelitanos a toda la Iglesia española. Para este efecto dirigió sus humildes súplicas al Papa Clemente XII en carta particular presentada por el Cardenal Belluga; y habiendo examinado la proposición la Congregación de Ritos, resolvió el Sumo Pontífice que, en donde quiera que se ore aquí, se conmemorase el misterio dulcísimo. De esta suerte lo promulgó en decreto de 11 de Diciembre de 1733.

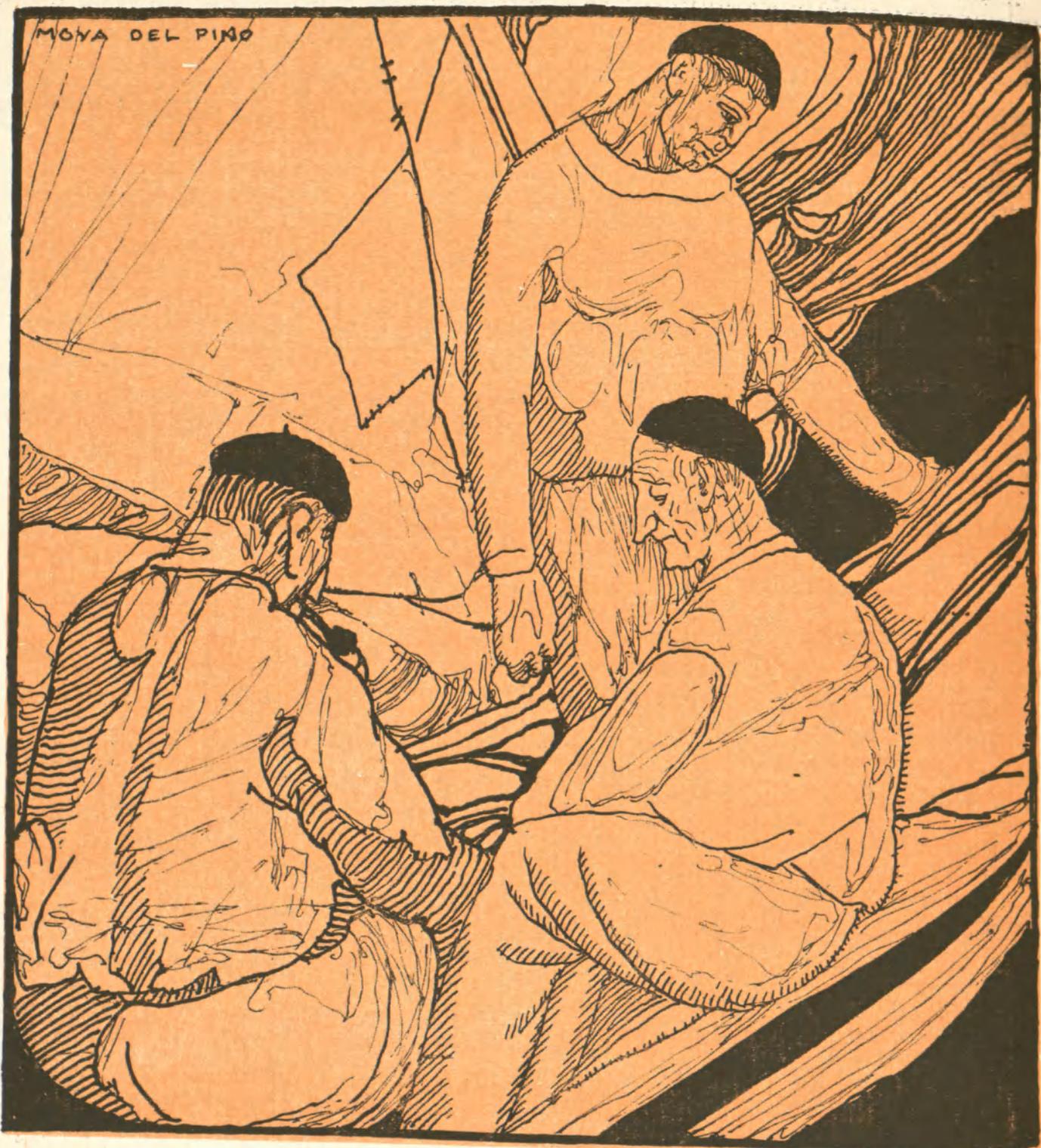
Santa Teresa había exclamado «Ya que no soy para aprovechar, querría ser para sufrir...»

El maestro de las revelaciones escribió: «El buen olor de todas las virtudes, singularmente del amor, exhalaba del alma pura de Teresa, y hacía exclamar al Divino Esposo: «Toda eres hermosa, esposa mía, paloma mía, y no hay en tí mancha de vicio alguno...»

VERSOS DE STA. TERESA

CON MOTIVO DE LA TRANSVERBERACION
DE SU CORAZON

*En las internas entrañas
sentí un golpe repentino:
el blasón era divino,
porque obró grandes hazañas.
Con el golpe fui herida,
y aunque la herida es mortal,
y es un dolor sin igual,
es muerte que causa vida.
Si mata, ¿cómo da vida?
y si vida, ¿cómo muere?
¿Cómo sana, cuando hiere,
y se ve con él unida?
Tiene tan divinas mañas,
que en un tan acerbo trance
sale triunfando del lance,
obrando grandes hazañas.*



LOS CHALVQVEROS DE ANTAÑO

(CUENTO VIEJO)



LOGAÑO ES DIFERENTE; LAS cosas marchan muy de otra manera...

Pero allá en los tiempos en que ocurría esta puntual y verídica historia si bien se daba la *castaña* y escondían las *calabazas* como ahora en toda clase de terrenos... en alta mar flotaban las *chocolateras Com-*

-pound y sobaban los componentes supersticiosos...

I

Erase una goletilla, velera ella, y además, de esta matrícula... y originaria por más señas de renombrado

astillero plenciano... Cargada de sal, zarpaba a principios de Diciembre de un puerto andaluz con rumbo a otro del País Vasco, no sin haber incluido entre sus frutales provisiones de a bordo un buen lote del socorrido fruto universal, es decir, de calabazas...

Con su roja pulpa y unas amarillentas papas, confeccionaban a diario el salcochado que cocían bajo el nombre de *bandera española*...

Puesta la nave en franquía, gozosos sus tripulantes y sintiéndose quién más, quién menos, poeta como el de marras... al soltar las amarras y ver henchidas las velas, impulsos tuvieron de arrancarse a coro con aquella sentida y famosa invocación:

¡Sur-ca-ga-le-ra-ve-loz!..

Sin contar con la huésped, que en impalpable *nortada*, les enviara Eolo el de insolente soplado...

II

Acontecía entonces, que para remontar la costa de Portugal, si aquel viento persistía, empleaban con tales embarcaciones días, semanas y aun meses, entre bolinas, orzadas, viradas y guiñadas, andando y desandando la ruta en infructuosas singladuras...

Y creyendo ver en cada peñón del escape lusitano un formidable portugués, como imagen escultórica que representase en aquellas latitudes *o terror dos mares*...

Así, con mil trabajos y derroche de paciencia los de la *veloz galera* llegaron al cabo... al Cabo *Espichel*... Donde *espichar* pensaron... de aburrimiento senil.

III

Allí les llegó también la Noche Buena...

Que como buena lo era, sólo que cayó en martes, que hay quien tiene por día de malas artes...

La luna llena, alguna vez cortada por parda nubecilla, rielaba en la inmensa rizada y salobre superficie...

Las gaviotas graznaban en torno a la goleta, antojándoseles que su arboladura debía ser para ellas el árbol de Navidad...

Y siempre el portugués finchado y petrificado en el escarpe de la costa...

¡Y la aborrecida *nortada* soplando sin misericordia!

IV

La gente había llegado al *summum* de la impaciencia más desesperante...

—¡Esto *parese* cosa de brujería! —se aventuró a decir el patrón...

—Yo también, pues, algo de eso barrunto —añadió Santos, con su voz atiplada y su característica socarronería—, pero si soltaríamos la *escandalosa*...

—¡Qué escándalo... sarasa, ni *calabasa*! —gruñó el primero, amostazado por la observación técnica que se permitía hacer un simple marinero, que pasaba plaza de marinero simple...

—¡*Calabasa, calabasa!*... —pensaba éste para su chaquetón— ¡pues no es mal *alcuerdo!*...

Y se dispuso a hacer una de las suyas, desapareciendo con disimulo de la escena.

V

Después de celebrar el *Gabón* con una orejita de bacalao añadida a la sempiterna *bandera española*, amén de unas castañas asaditas al rescoldo como extraordinario... tornaron a sus meditaciones y pesimismo, nuestros asendereados navegantes...

—¡Nada, nada, que aquí anda alguna bruja!... —repetía el patrón, frotándose la encrespada sotabarba, cada vez más sobrecogido y desesperado...

—¡*Trasas* de eso ya te tiene... y si no por qué... ¡ay! ¡ay! ¡ay!... ¡ahí está!... ¡*mirelés*, allí arriba en el palol

—¡Ave María Purísima! —exclamaron todos, santiaguándose y retrocediendo por un movimiento instintivo al levantar la vista y encontrarse con luminosa aparición que les lanzaba miradas siniestras y enrojecidas... (Consternación general... y silencio sepulcral...)

—Yo, pues, si el Capitán da la venia —baluceó el truhán de Santos, cortando la estupefacción de los otros— ya me atrevería y... de un *sartenaso* matar y

todo ya le había de *hacer* a la bruja, a ver si podemos salir a barlovento...

Celebróse consejo en la chopa para tratar de ello; y considerando que Santos era el más insignificante de a bordo y que poco se perdía aun cuando en la prueba saliese descalabrado, decidieron autorizarle a provocar la descomunal batalla...

VI

—Bueno, pues... encomendarme a la Virgen de Be-goña, dice...

Y tomando un espeque, sube con fingida cautela por los flechastes arriba...

Todos miran atónitos la maniobra y admiran el valor del singularísimo Santos.

Este se encarama con agilidad felina donde estaba la visión...

Y ¡*pun!* da un resonante y certero golpe matando la luz con él, y... ¡*plaus!* óyese el ruido de un pesado cuerpo que cae en el mar...

Todos se estremecieron con el cachiporrazo... seguido de la extinción de aquel cuerpo, que luego sintieron asombrados precipitarse y sepultarse en los abismos de las aguas portuguesas...

VII

Y al descender Santos a cubierta después de su memorable hazaña, todo era preguntarle si tenía rabo, si esgrimía escoba, si *tiraba* olor a azufre... la maldita bruja...

Si era negra, *pistaja*, (1) de nariz puntiaguda y boca sin dientes...

Si gastaba las greñas sueltas y despeinadas, flotando al aire...

Si parecía andrajosa y sucia...

Si gruñó, mayó, aulló o relinchó al recibir el especazo...

Si trató de defenderse... si llamó en su auxilio a las demás compañeras de aquelarre...

Y qué se yo cuántas cosas más.

Pero lo cierto es que entre estas y las otras, cambióse el viento y la goletilla avanzó con él en popa...

Y tanto molieron al heroico matador, con preguntas impertinentes y estúpidas sobre la odiada *interfecta*... que al fin reventó aquél...

—Vaya —dijo echándose con desenfado la boina sobre la oreja izquierda— todos me han tenido a bordo por un pobre mentecato y los mentecatos son los demás...

Habéis de saber que la bruja era una *calabasa* de las provisiones, a la que yo le saqué el mamín, poniéndole pellejos de *pimentón* rojo en lo que figuraba los ojos, y un cabito de vela *encendido* en el interior...

Y mientras vosotros trajelabais otra de la misma clase puesta en *casuela*, planté yo aquella en el mastelero de velacho, a la altura en que la visteis...

Y también vos *hisé* tragar en figura de *diabruquería*.

De todo esto debemos deducir lógicamente que los *chaluqueros de antaño*, si bien carecían de *chocolateras Compound*, hacían abundante provisión del socorrido fruto universal: de calabazas, y también se hacían víctimas de supersticiosas majaderías...

Dándose casos en que el más pusilánime al parecer de entre ellos, resultaba a lo mejor un *punto*...

Y aquí lo hago redondo

EMILIANO DE ARRIAGA

Dibujos de Moya del Pino.

(1) *Legañosa*.



A vosotros, ciudadanos de una milicia que sabe regar con sangre de martirio las piedras de nuestras calles; a vosotros, caballeros andantes del siglo xx, hijos legítimos de aquellos gloriosos desfacedores de entuertos, amparo de desvalidos, brazo firmísimo de la Justicia y del Derecho...

«La Caballería —dice César Cantú— es el incidente más notable de la historia europea, desde el establecimiento del Cristianismo hasta la Revolución de Francia.»

A atrevimiento hartos atrevidos suenan las palabras del sesudo escritor, como quiera que no parece que ese nombre de Caballería, brillante, sí, pero también frívolo, y hasta de cierto dejo ridículo, sea hábil a designar la más alta cumbre interpuesta entre la cumbre del Cristianismo y la cumbre de la Revolución francesa. Y, sin embargo de eso, muy al justo que encuadra el dicho de nuestro historiador con la realidad del hecho. Porque debajo de ese nombre de Caballería, contiénesse una institución de tan subida importancia, que, siendo acaecimiento histórico sin par en su linaje, es, en un mismo tiempo, esplendorosa muestra del valor guerrero, brote vigorosísimo del espíritu cristiano, y solución del problema social de aquella Edad Media, cuya historia tiene su acabado y puntual retrato en la fábula del lobo, que, a tuerco o a derecho, acaba siempre por hallar motivos para devorar al cordero...

En diciendo la lengua ese nombre de Caballería, buenos pinta la imaginación dos mundos de todo en todo diferentes, conviene a saber, el mundo de la Caballería y el mundo de la Caballería literaria. El uno es un mundo real, el otro es un mundo quimérico: el uno parece un bloque enorme de acero, templado en las fraguas del valor; el otro parece una inmensa burbuja de jabón, henchida al soplo de

los labios de la locura: el uno es un mundo, que tanto se gigantiza más, cuanto más se nos acerca; es el otro un mundo, que se desvanece al estrépito de una carcajada...

La fuerza de las armas, arrolladora como el huracán, incommovible como las rocas, esclavizándose a la fuerza de la debilidad, he ahí, en suma abreviadísima, lo que el mundo de la Caballería histórica es. Y digo la fuerza de la debilidad, con ser frase que tiene viso de paradoja, porque, si bien se mira, trae de su parte la debilidad una fuerza tan potente, que sola ella, a las veces, enfrena huracanes y ablanda rocas... ¡la fuerza de las lágrimas!

Pues acaece que llora la debilidad, y en oyéndola que la oye el caballero, allí acude, y le enjuga las lágrimas y se le pone por escudo y defiéndela de todo género de brutales opresores. Y acá es un indefenso viajero, que ha menester la custodia de las armas, para guardarse de los salteadores, dueños absolutos de los caminos; y es allá una pobre huérfana, sobre quien, como buitres, se arroja al señor de la tierra, pretendiendo cebarse en las delicadezas de una honra emblanquecida con las blancuras de la virginidad; y es acullá un pueblecillo débil, que se halla en punto de sucumbir herido por la embestida de los cuernos de la media luna... Y allí corre el buen caballero, aunque en el llevar al cabo la generosa empresa haya de burlar emboscadas y allanar fortalezas y aniquilar malhechores y trasmontar cordilleras y esguazar ríos, y aguantar hielos y calores y hambres y sedes y mil cansancios... porque todo ello estrecha cosa es para lo que cabe en las anchuras de su ánimo desconocedor de miedos...

Y luego, todo este mundo de la Caballería histórica, espléndido museo del verdadero honor y del valor verdadero, donde entre el crujido de las armas y el polvo de los combates, muévense y se agitan, de la una parte, la muchedumbre de los débiles; mujeres, niños, monjes, ancianos, que lloran y sonríen, suplican y vitorean, quéjense y



agradecen, y de la otra parte, la muchedumbre de los defensores de la debilidad; príncipes, escuderos, donceles, caballeros, que por meter a la balanza de la justicia en sus trastes, aprisionan y libentan, ensalzan y humillan, matan y mueren; todo ese mundo tanto se nos engrandece, cuanto más de cerca le contemplamos. Porque así como nos sucede con esas empinadas montañas, centinelas inmóviles en los horrosos confines del horizonte, que conforme a como de ellas nos avicinamos, a ese mismo paso se nos enhiestan, y tanto, que, llegados a su pie, no alcanzamos a medirlas, pues su alterosa crestería se nos esconde en las nubes; así, ni más ni menos, con el mundo de la Caballería histórica nos acontece, que en más aproximarnos a él y en más escudriñarle, tanto más se nos sublima, ya que entonces descubrimos que, si la Caballería nació en las honduras de este valle de lágrimas, empero colgó su nido de los brazos de la Cruz... y los brazos de la Cruz son

tan estirados, que tienen poder de tomar aquello que de suyo es tierra, y metérmelo allí, en lo más alto de las alturas del cielo.

Pues si volvemos ahora los ojos al mundo de la Caballería literaria, luego hallaremos que su cifra y compendio es la locura, que, apoderándose de la paleta de la fantasía humana, derrama sin orden ni concierto sobre las páginas de la novela las manchas de sus caprichosos colores... Espantables selvas, enriscados montes, lagos de pez y mares de azufre sirven de temeroso escenario al caballero andante, para meter las manos hasta los codos en eso a que dan nombre de aventuras... Y acá es una menesterosa doncella, cautiva mal de su grado, de jayanes formidables, a quienes el caballero ensarta el uno después del otro en la punta de su espada, con no menor tranquilidad que si corriera el juego de la sortija; y es allá un gigante de horrible catadura, una puerta de hierro por escudo, un roble

entero por lanza, que se entretiene en cazar caballeros, al modo que la araña moscas, hasta que por su mala estrella topa con algún héroe desconocido, y aún de baja estatura, que de un sólo revés pártelo por medio, ni más ni menos que si estuviera hecho de alcorza; y acullá se llega una reina de las que, según el rey Sabio, piden limosna e manciella, que va trasegando caminos, en busca de algún esforzado campeón, que la vengue del cruelísimo y desafiado usurpador de su corona. Y el caballero la toma a la grupa de su corcel, y en menos que canta un gallo, hétele por los aires en el reino, dando en tierra con ejércitos de numerosísimos soldados, descabezando al usurpador, metiendo en cintura a los revoltosos, sentando, al fin, en el trono a la legítima y natural señora...

Y para más facilitar o dificultar las nunca vistas ni oídas hazañas del andante caballero, hay a más y mejor espadas de tan milagroso temple, que así traspasan los más probados arneses como si fueran finísimos cendales; bálsamos, que oportunamente aplicados, devuelven la natural unidad a cuerpos hendidos de arriba abajo; sierpes, que entre horriblos baladros, vomitan por ojos y boca torrentes de fuego; caballos alados, que, al estilo del hipógrifo de Calderón, corren parejas con el viento y encaraman a sus jinetes hasta los regiones donde flota la luna solitaria como un buque abandonado; castillos encantados, que de la tierra brotan o en la tierra se hunden, donde, por virtud de misteriosos conjuros, duermen un sueño secular altas princesas, afamados reyes, poderosos emperadores, que aguardan y más aguardan al valeroso caballero, a quien los hados reservan la empresa de volverlos a la vida común de los mortales...

Y todo este mundo de la Caballería literaria, aquelarre fantástico, donde en abigarrado montón se mueven y se agitan hadas que dispensan favores, hechiceros que aventuran sortilegios, monos que tripulan barcos, dragones que braman, vestiglos, trasgos, endriagos, pajes, dueñas, enanos que van y vienen, traen y llevan, toman y dan, todo este mundo desvanécese al estrépito de una carcajada. Porque todo ese mundo, que es visto hallarse formado de los chillones colorines y de las grotescas figuras de una inmensa linterna mágica, apágase y se disipa ante la franca e irónica y perenne carcajada que al mundo entero conmueve, cuando se presenta en las dilatadas llanuras de Montiel, jinete en desmedrado rocín, cubierto de mohosa armadura, seguido de socarrón escudero, el más emprendedor entre todos los héroes, el más enamorado entre todos los galanes, el más comedido entre todos los caballeros; el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha...

Mas acaso habrá quien pregunte, ¿y cómo eso pudo ser que la epopeya de aquel mundo de la Caballería histórica, viviente con la lozania de mil glorias, diera, al cabo, en el ridículo entremés del mundo de la Caballería literaria?... ¿Cómo aconteció aquello de que los héroes vinieran a morir amortajados con la máscara de los arlequines?... O lo que vale igual, entre el mundo de la Caballería histórica y el mundo de la Caballería literaria ¿qué correspondencia

hay, para que en verdad pueda afirmarse que el mundo de la Caballería literaria es un mundo que tiene su nacimiento en el mundo de la Caballería histórica?... Respondo llanamente; la misma correspondencia, que existe entre el original y su caricatura...

Sobre la mesa del caricaturista hállase el retrato de la hermosísima cabeza de la Venus de Milo... Y viene el lápiz burlón y chocarrero... y allí se mete... y hunde con línea exagerada el griego perfil de aquella frente... y atrévese a achatarle la nariz... y agranda luego su boca... pues borró el arco de las graciosas cejas... ¡ay, que el rostro cubrióle todo él de espeso vello!... ¿Es este por ventura, el retrato de la hermosa Venus?... ¡Oh, que no; que allí no se ve más que la ridícula jeta de una mona!... Ciertamente que si a cada uno de los eslabones de esa cadena de dibujos ponémosle en cotejo con el que le sigue inmediatamente o inmediatamente le antecede, a la vista se nos vendrá el parecido de entrambos, pues que apenas descubriremos en el uno respecto del otro una ligerísima variación de perfiles. Mas con ser esto así, ¡cuánto entre ellos discrepan los eslabones extremos!... que el uno es deslumbrantes serenidades de belleza femenina, y es el otro desapacibles sombras de fealdad simiesca...

Pues algo semejante ocurre en este negocio de la Caballería, que vamos tratando. El mundo de la Caballería histórica transformóse, como por una serie de borrones unos peores que otros, primero en el mundo de la Caballería degenerada, y después en el mundo de la Caballería literaria. El mundo de la Caballería histórica fué perdiendo poco a poco la genuina nobleza de sus perfiles: el valor fué sustituido por la osadía, el honor por el espíritu puntilloso, el respeto a la mujer por la esclavitud a la dama, la naturalidad por la afectación, la delicadeza por la extravagancia, las ansias legítimas de la gloria por el pecaminoso prurito de singularidad, y las extraordinarias hazañas, sazonadas con la sal de una vanidosa locura... Y el artífice, literario, ya poeta, ya novelista, en el punto en que se apoderó de este mundo de la Caballería degenerada, emuló y aun superó la locura de sus héroes; y en lugar de corregir los monstruosos defectos de la realidad, los agrandó, los multiplicó, los pintarrajeó y lanzó en los espacios el mundo de la Caballería literaria...

¡De aquella Venus salió esta mona!...

Mas para ver el ojo todo esto que voy diciendo, bueno será que hagamos un viaje, primero, por el mundo de la Caballería histórica, y después por el mundo de la Caballería literaria, pasando antes por el mundo de la Caballería degenerada, que yo prometo a mis lectores que es viaje de mucho solaz y de muy culto entretenimiento. Y si luego salen las esperanzas defraudadas yo ruego a mis lectores que el mal suceso no le achaquen al paisaje que vamos a contemplar, sino más bien —y déseme licencia de un italianismo— a la osada impericia del *cicerone*...

José MARIA SANZ Y ALDAZ

Dibujos de Loygorri.

